BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE la conquista DEL ESPACIO

LOS TENTACULOS ABSORBENTES

j. chandley

CIENCIA FICCION



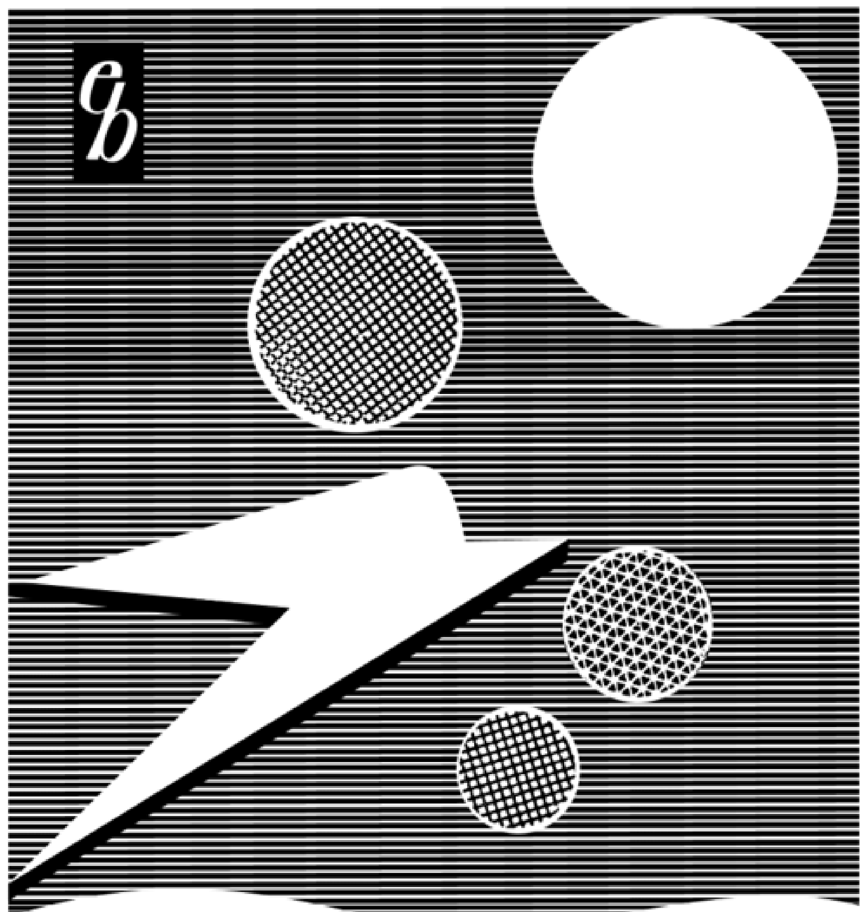
BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE
la conquista DEL ESPACIO

LOS TENTACULOS ABSORBENTES

j. chandley

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

J. CHANDLEY

LOS TENTACULOS ABSORBENTES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 230

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 47.109 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

225. — Centuria XXV. — Curtis Garland.

226. — La cárcel azul. — Glenn Parrish.

227. — Los descendientes. — Marcus Sidereo.

228. — Diosa de los muertos. — Curtis Garland.

229. — Explorador de las estrellas. — Glenn Parrish.

CAPITULO PRIMERO

La alarma sonó estrepitosamente, contribuyendo más al nerviosismo y al caos imperante en aquellos momentos.

La guarnición allí establecida ya tenía conocimientos de semejantes hechos, pero en el presente lo vivían en la realidad sin poder dar crédito a lo que sucedía.

Su misión principal era el defender a toda costa la gran reserva de agua potable que abastecía a una extensa región, cuya vida estaba a expensas del preciado líquido.

Potentes torbellinos se originaron por doquier, y tanto personas como enseres eran elevados hacia el espacio sin que se pudiera hacer nada para evitarlo.

Las órdenes, gritos y lamentaciones eran absorbidos por el ulular del viento, y por más esfuerzos que hacían los componentes de la guarnición por permanecer asidos al suelo, de nada les servía.

Eran arrastrados como si de frágiles objetos se tratara.

Más tarde..., la destrucción era la tónica imperante en lo que fue un campamento bien pertrechado.

Y lo que constituía el problema más grave, las grandes reservas de

agua se habían evaporado como por arte de magia.

El problema iba adquiriendo proporciones catastróficas. De seguir así, pronto los pobladores del planeta afectado desaparecerían por completo.

Se especulaba ya abusivamente en el precio del indispensable líquido.

Los científicos, a instancias de los Grandes Mandatarios, se esforzaban por paliar la pertinaz sequía.

Cuando ya parecía haberse logrado la formación de compactas masas nubosas y el producirse la lluvia era un hecho inminente, sin saberse por qué, las nubes desaparecían y con ellas la esperanza salvadora.

Se estaban dando muchos casos de muertes violentas por la consecución de una cantidad ínfima de agua y las defunciones por deshidratación estaban a la orden del día, sobre todo entre la población infantil, que disminuía en forma alarmante.

Todas las plantas potabilizadoras que habían adquirido cierta importancia, invariablemente, por una u otra causa, eran aniquiladas.

Las leyes más severas se habían dictado contra todo aquel que efectuara algún acto de sabotaje, y aunque al principio lograron atajar e incluso desbaratar aquella organización destructora, lo cierto era que, tal como estaban las cosas, se hallaban impotentes para hacer frente al peligro que les amenazaba.

El racionamiento más estricto del indispensable líquido se impuso, y aun con ello tenían que recurrir al suministro del agua procedente de otros planetas, cuyo transporte se efectuaba en grandes astronaves-tanques y no todas llegaban a su feliz destino.

En más de una ocasión se perdían por el camino sin conocerse las causas de su misteriosa desaparición.

A consecuencia de ello, montaron una estrecha vigilancia en el espacio, consiguiendo cierta regularidad en los suministros.

Parecía haber renacido la confianza, cuando toda una escuadra de vigilancia, compuesta de diez naves encargadas de dar escolta a cuatro tanques repletos de agua, desaparecieron.

Tan sólo en el puesto de mando recibieron unas lacónicas palabras del jefe que estaba al cargo de la misma:

—Nos están atacando…

Por más que insistieron para establecer comunicación en demanda de que les proporcionaran la posición que ocupaban para enviarles el correspondiente auxilio, nada se consiguió.

El jefe responsable de mantener la seguridad de suministros transmitió una orden de urgencia:

—¡Todas las astronaves disponibles, que salgan en busca y socorro de la escuadra de vigilancia y capturen o destruyan al enemigo!

Segundos después, gran número de naves se elevaron hacia el espacio en su afán de dar cumplimiento a lo que se les había ordenado.

* * *

Mientras tanto, una cosmonave procedente del planeta Tierra había captado la señal de socorro.

El teniente de comunicaciones, Joseph Godley, así se lo hizo saber al comandante en jefe:

—Dick, he captado una llamada de socorro intersideral.

—¿Localización?

Unos segundos después, tras comprobar los resultados de la computadora, el teniente contestó:

—Abcisa 34-5-6, ordenada 70-5-4.

—Bien, Joseph. Pongo rumbo hacia ese lugar.

El comandante Dick Hart era el responsable de aquella expedición, cuya misión era el trazar nuevas rutas interplanetarias para el mejor entendimiento con seres pertenecientes a otras galaxias.

Su caballerosidad y sentido del honor le impulsó, sin dudarlo un momento, aunque con ello se desviaba de la ruta trazada, a acudir en socorro de quienes solicitaban ayuda.

Es cierto que estaban muy distantes, más la fuerza de los impulsores de su astronave haría que cubrieran el espacio que les separaba en pocos segundos.

Al llegar a las inmediaciones del punto señalado, el escenario que contemplaron les sobrecogió en gran manera.

Su copiloto y segundo jefe, capitán TellyFraser, no pudo contenerse de preguntar:

—¿Pero qué ocurre ahí?

El comandante Dick Hart le contestó:

—No lo sé… Es algo incomprensible.

Frente a ellos tenían un casquete esférico que iba aumentando de tamaño a medida que se acercaban.

Del mismo, de su base, pendían un número indeterminado de ramificaciones.

Muchas de ellas presentaban la particularidad de presentar en sus extremos un objeto brillante.

—Que pregunte Godley su identidad. ¿No te parece, Dick?

—Lo considero improcedente, Telly.

Y acto seguido inquirió al teniente de comunicaciones:

—Joseph, ¿siguen las demandas de socorro?

—No, Dick. Sólo capto, de vez en cuando, palabras sueltas que no entiendo.

—Conecta el amplificador.

Así lo hizo el teniente, y, en efecto, aquello parecían palabras, pero igualmente podía tratarse de lamentos presididos por la desesperación.

—Trata de aclarar un poco la emisión. Hay muchas interferencias.

Por más que manipuló el teniente en los sintonizadores selectivos, no consiguieron una mejor audición.

Aquel casquete iba adquiriendo proporciones gigantescas y ahora pudieron aclarar lo que eran los puntos brillantes en los extremos de las ramificaciones.

Fue el capitán TellyFraser quien exclamó:

—¡Eh, Dick, mira!... Son astronaves. ¿Se tratará de un portanaves gigante?

—No seas absurdo, Telly. Si fuera eso, ¿por qué tenían que solicitar auxilio?

—Perdona, tienes razón... Pero... ¿qué podrá ser?

—Mi ignorancia sobre la cuestión corre paralela con la tuya. Lo único que puedo decirte es que presiento no se trate de nada bueno.

Terminar el comandante Dick Hart de decir estas palabras y sentir como un latigazo en la astronave que ocupaban todo fue uno.

La conmoción fue terrible a bordo.

La mayor parte de la tripulación rodó por el suelo y gracias a que el comandante y el capitán iban sujetos en sus respectivos asientos anatómicos no les sucedió otro tanto.

Dick notó que estaban frenados y activó los impulsores para librarse de la retención que ejercían sobre la cosmonave, comprobando con desesperación que no conseguía un resultado positivo.

Pasados los primeros momentos de confusión, Dick Hart ordenó con firmeza a toda la tripulación:

—¡Cada uno a sus puestos!

El teniente Alexander Sim, a cuyo cargo estaban las defensas de la astronave, comunicó:

—Señor, tenemos una baja. Michael, el servidor de la torreta superior, ha muerto.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, comandante. Se… nota… un gas…

—¡Alex, Alex!… ¡Colóquense todos los cascos protectores!…

El comandante conectó la pantalla por mediación de la cual dominaba toda la superficie exterior de la astronave, gracias a «los ojos de visión», como denominaban a los objetivos distribuidos convenientemente y que proporcionaban una panorámica como si en realidad estuvieran fuera de la nave.

Tanto el comandante Hart como el capitán Fraser pudieron descubrir la causa de aquella retención.

Una de las muchas ramificaciones o tentáculos que emanaban de la base del enorme casquete esférico se había adherido a la superficie de su astronave y, precisamente, cubriéndola en su totalidad, en el lugar que ocupaba la torreta superior, uno de los puntos de defensa de la misma.

El comandante volvió a llamar:

—¡Teniente Sim!

Al no obtener respuesta, le comunicó a Telly:

—Capitán, toma el mando y mantén los impulsores a pleno rendimiento.

—Sí, comandante.

En los momentos cumbres se olvidaban del nombre y se daban el tratamiento correspondiente a su rango.

Rápidamente salió de la cabina de mando y tomó el ascensor ultrarrápido que le condujo al piso superior de la astronave.

De allí se fue corriendo hacia el compartimento que ocupaba la torreta de defensa superior.

Una atmósfera verdosa y opaca invadía la estancia, y para ver mejor tuvo que auxiliarse del diminuto foco que llevaba incorporado en el casco.

Entonces pudo ver al teniente Sim que yacía en el suelo dando bocanadas, como si estuviera ahogándose.

No lo dudó un instante. Le bajó apresuradamente la visera del

casco que le aislaría del medio ambiente y pulsó el regulador autónomo para que el aire que le faltaba le llegara puro a sus pulmones.

Después buscó con ansiedad el cuerpo del artillero Michael. Su asiento permanecía vacío y a él no se le veía por parte alguna.

Por casualidad levantó la cabeza y todavía pudo distinguir, por el túnel que se alzaba en la parte superior de la torreta, las botas de un ser humano que iban ascendiendo por el mismo y perdiéndose en la oscuridad.

Inmediatamente el comandante Hart se hizo cargo de la situación.

Empuñó el cañón emisor de rayos, colocando el punto de disparo a cero, presionó el dispositivo y efectuó un giro de trescientos sesenta grados, cuidando muy bien de hacerlo por encima del fuselaje al que estaba adherida aquella manga elástica de grandes proporciones en su diámetro.

Los resultados fueron inmediatos. Materialmente la cortó en redondo, como si un fino estilete hubiera entrado en acción.

Bruscamente, la luz invadió el recinto y casi al instante un cuerpo pesado cayó sobre el comandante Hart.

Apenas si se había repuesto del golpe cuando notó que una fuerza misteriosa le arrastraba hacia la boca de la manga que pendulaba sobre su cabeza.

Gracias a que estaba sujeto al asiento del cañón emisor de rayos no fue arrastrado por la corriente.

Pudo apercibirse de lo que le había caído encima: era el cuerpo inanimado de su componente de la tripulación llamado Michael.

La succión aumentaba en intensidad.

Michael comenzaba a ser arrastrado y el mismo teniente Sim, sumido en su inconsciencia, era movido como si de un papelillo se tratara.

No sin gran esfuerzo, con el pie derecho, que lo tenía libre, lo posó sobre el cuerpo de Michael, que ya se elevaba otra vez, devolviéndole al suelo de la astronave.

Tenía que actuar con rapidez; de lo contrario, el teniente Sim correría la misma suerte.

Enfiló el cañón verticalmente y comenzó a disparar a plena intensidad.

Las consecuencias de su acción fueron inmediatas. La manga aquella comenzó a fundirse como si fuera de cera, y no sólo eso, sino que en la base del gigantesco casquete se produjo un enorme boquete.

Dos mangas más sujetaron la astronave del comandante y éste dirigió hacia ellas la puntería.

Acto seguido, Ta astronave dio un salto, a consecuencia de la potencia de los impulsores al ser liberada de aquellas amarras que la retenían.

En la trayectoria que siguió, no cesó de disparar hacia cuantas mangas veía y en cuyo extremo mantenían sujeta una astronave de desconocida identidad, pero que, a juzgar por las consecuencias que había sufrido, serían enemigas del opresor y, por lo tanto, dignas de defenderlas de las malsanas intenciones de aquel ingenio.

Aquello se convirtió en una pesadilla para el comandante Dick Hart.

No cesaban de interponerse en su camino más y más mangas, que aniquilaba con sus certeros disparos.

Todas las naves liberadas fueron quedando flotando en el espacio y el capitán TellyFraser tuvo que poner a prueba su destreza para no estrellarse contra ellas.

Un pensamiento torturaba al comandante: el poder atender cuanto antes a su tripulante Michael y al teniente Sim, que seguían tendidos en el suelo.

Esto le impulsó a dirigir el fuego hacia la base del casquete, aun a riesgo de ser apresados de nuevo por las mangas que de la misma pendían.

La acción pareció dar el resultado apetecido.

Nuevos boquetes se fueron originando en aquella base y a continuación se fueron replegando las mangas.

Acto seguido, de forma inesperada, aquel ingenio de pesadilla emprendió veloz carrera, perdiéndose en el espacio infinito.

CAPITULO II

Tan pronto el misterioso y agresivo casquete esférico emprendió la retirada, el comandante Dick Hart pudo dedicar con entera libertad sus cuidados a los desvanecidos Michael y al teniente Alexander Sim.

Con el primero tuvo la sospecha que nada se podía hacer ya por su existencia, y con el teniente comprobó que, aunque completamente inconsciente, conservaba la vida.

No obstante, como el techo de la torreta había desaparecido, el comandante arrastró ambos cuerpos, equipados con traje espacial, a la estancia contigua y posteriormente cerró herméticamente la compuerta que comunicaba con la torreta.

A poco de dar la señal de que la astronave volvía a estar aislada del exterior, varios miembros de la tripulación acudieron en su ayuda.

El primero en hacerlo fue el capitán médico Harold Stone, quien inquirió:

—¿Qué ha pasado, Dick?

—Imagino que algún gas venenoso. Mira lo que puedes hacer con Michael. Alex, aunque débilmente, sigue respirando.

Precedidos por el doctor, se llevaron los cuerpos inanimados hacia la enfermería-hospital, que contaba con todos los adelantos e incluso con un quirófano por si era preciso intervenir.

—Tenme al corriente, Harold.

—Descuida, Dick.

Después de estas palabras, el comandante dejó la comitiva y se encaminó hacia el puesto de mando.

Nada más entrar en la cabina, el segundo jefe y copiloto, capitán TellyFraser, le manifestó:

—Buen trabajo, Dick. ¿Cómo están los muchachos?

—Me temo que Michael mal, si no es lo peor. Alex, completamente inconsciente.

—¿Pero cómo se le ha ocurrido al cabezota de Alex no ponerse la escafandra?

—La llevaba puesta, aunque no aislada. Cuando se recupere, ya nos explicará lo sucedido.

El capitán refrenó sus impulsos.

Interiormente, reconoció que todavía le quedaba mucho por aprender, y una vez más admiró la prudencia de su comandante y amigo.

De todas las astronaves que por allí flotaban, luego de ser liberadas de las mangas del casquete esférico, una de ellas destacaba de las demás por sus grandes proporciones.

El comandante Dick Hart le indicó al capitán:

—Telly, da la vuelta y abordemos la nave más grande.

Mientras el capitán efectuaba la maniobra solicitada, Dick se puso en contacto con el teniente de comunicaciones y rastreo, Joseph Godley.

—Joseph, ¿se oye algo procedente de esas naves que tenemos a la vista?

—Nada, el más absoluto de los silencios.

—Sigue a la escucha por si logras captar algún indicio.

—De acuerdo.

Una vez llegaron a las inmediaciones de la gran astronave, dieron una vuelta de reconocimiento alrededor de la misma como medida preventiva.

Resultando la inspeción satisfactoria, al pasar de nuevo por un lateral de la misma, el capitán indicó:

—Ahí está la escotilla de acceso, pero permanece cerrada.

—Era de esperar que así fuera. Elévate y vayamosa la parte superior. Seguro queencontraremos alguna abertura.

En efecto, como sospechó el comandante, allí habían no sólo uno, sino dos boquetes de forma circular.

Estos dos boquetes debían corresponder a la zona de adherencia de las respectivas mangas.

—Acércate y fija la nave para realizar una salida.

El capitán fue maniobrando con destreza, y cuando la consideró situada en el lugar propicio, pulsó un dispositivo y cuatro brazos

mecánicos emergieron del fuselaje para fijarse en la estructura exterior de la gran astronave.

La escotilla inferior de salida al espacio coincidía perpendicularmente con uno de los boquetes circulares.

—En posición, comandante.

—Gracias, capitán.

El comandante, al frente de tres de sus hombres de la tripulación y todos ellos convenientemente equipados, descendieron a la parte inferior de su vehículo.

Segundos después se introducían en la cámara de ambientación y aislamiento y acto seguido salieron al espacio libre.

Toda la tripulación estaba pendiente de la descubierta que efectuaba el comandante y los muchachos que le acompañaban y, por lo tanto, preparados para hacer frente a cualquier contingencia que pudiera producirse.

Nada más penetrar por el boquete, el comandante advirtió restos de aquella atmósfera verdosa, pero menos densa a como la vio en la torreta.

A medida que iban avanzando, se iban encontrando cadáveres de los que seguramente constituyeron el personal de la tripulación.

Siempre con las máximas precauciones, llegaron al puesto de mando de la silenciosa astronave.

Ocupando sus puestos, los pilotos permanecían inmóviles, muertos también.

Recorrieron toda la nave sin encontrar supervivientes. Todos habían sucumbido.

En las bodegas se encontraron con grandes tanques y luego pudo comprobar que dichos tanques ocupaban el mayor espacio útil de la nave.

Por lo tanto, no había lugar a dudas que debía tratarse de un transporte interespacial.

Un dato que llamó poderosamente la atención al comandante fue que los tanques permanecieran con las tapas destapadas y

completamente vacíos.

Para cerciorarse de que, en efecto, estaban vacíos, un muchacho de su escolta se introdujo en uno de ellos y cuando salió, manifestó:

—No hay nada, señor.

—Si que es raro...

Comentó más bien para sí el comandante, puesto que no le cabía la menor duda de que aquel transporte estaba hecho para albergar algo en su enorme panza.

Prosiguieron la investigación y, ya concluida la misma, ordenó:

—Regresemos a nuestra nave. Aquí no hay nada que hacer. Esto es una enorme tumba.

Ya de vuelta, una circunstancia llamó la atención del comandante y fue el volumen de los cadáveres.

El juraría que cuando los vio en principio eran normales, pero tampoco lo podía afirmar de una forma categórica.

De nuevo en el puesto de mando, el capitán le comunicó:

—El doctor Harold te ha llamado. Michael ha fallecido. El teniente parece que se vaya recuperando.

—¡Pobre muchacho!

El capitán sabía del profundo dolor de su comandante, condensado en esta sencilla exclamación conmiserativa.

Para sustraer al comandante Dick Hart del efecto que le había producido la noticia, el capitán le preguntó:

—Y bien..., ¿has descubierto algo?

—Toda la tripulación muerta y sus tanques vacíos.

—Luego se confirma que se trata de un transporte, ¿no?

—En efecto.

—¿Proseguimos la inspección de las otras naves?

—Sí. Vayamos a la más próxima —contestó casi maquinalmente el comandante, a tiempo que dejó sobre un tablero la carta de navegación del transporte revisado.

Efectuada la operación de desatraque, se encaminaron a la nave más cercana.

Esta también presentaba un boquete en la parte superior de su superficie.

Nuevamente el comandante descendió en compañía de sus muchachos.

Esta astronave era de un tamaño corriente y por el equipo que llevaba, fácilmente pudo comprender que se trataría del servicio de escolta del transporte.

Por lo demás, la escena se repetía al igual que en la anterior: cadáveres diseminados, restos de atmósfera verdosa y ningún superviviente.

En esta ocasión el comandante se fijó bien en el aspecto de los que constituyeron la tripulación.

Por lo que pudo constatar al dar por finalizada la inspección fue que el volumen de los mismos, sin excepción, había aumentado.

Se dijo también que esto podría tratarse muy bien del resultado de falta de presión y el proceso un tanto acelerado de descomposición, aunque ellos permanecían embutidos en sus trajes espaciales.

Los resultados se fueron repitiendo en cuantas naves investigó.

Les faltaba por inspeccionar la última nave componente de la escolta, cuando el teniente de comunicaciones Joseph Godley anunció:

—Comandante, una numerosa formación de astronaves se acerca por nuestra derecha.

—Está bien, teniente. En cuanto puedas, solicita su identidad.

—Sí, señor.

Luego, el comandante, dirigiéndose a la tripulación en general, ordenó:

—¡Atención! Cada cual a su puesto. Se aproxima un gran

contingente de naves espaciales, y como medida preventiva, hay que estar preparados.

Entre los muchachos se produjo un gran revuelo y todos procedieron a equiparse convenientemente, y acto seguido ocupar el puesto que tenían asignado.

Ante tal circunstancia, Dick Hart suspendió el proyecto de reconocer la última astronave de las que flotaban inactivas en el espacio.

Relevó al capitán TellyFraser, tomando personalmente el mando de su vehículo espacial, y permaneció a la expectativa de los resultados de aquella inesperada visita.

El teniente de comunicaciones iba transmitiendo los movimientos de la numerosa flota.

En varias ocasiones había tratado de aclarar su identidad sin lograr un resultado positivo, y así se lo hizo saber al propio Dick:

—Comandante, siguen sin contestar.

—Bien, teniente, no insistas. Ya se ha hecho todo lo necesario.

—Esto me huele mal, Dick —comentó el capitán.

—Comparto tu opinión, Telly. Pero no vamos a ser los primeros en iniciar la contienda.

—Sí, desde luego... —contestó no muy convencido el capitán, que, aunque tenía plena confianza con su comandante, no las tenía todas consigo ante el panorama que se les presentaba.

Dick le miró de soslayo para decirle, a tiempo que volvía su vista al frente:

—No estás muy convencido de ello, ¿verdad?

Telly quedó sorprendido ante la pregunta de su jefe y sólo pudo balbucear:

—Yo... yo...

—Sí, hombre, sí. Tú pones en duda mi proceder, pero te voy a explicar el porqué de mi actitud.

—No, Dick, no es necesario. Sólo que ante el enjambre que se nos viene encima…

—Has dicho bien. Son más que suficientes para que al menor movimiento sospechoso nos manden a todos a una órbita eterna, y supongo que tú no desearás vagar por el espacio.

—Desde luego que no, prefiero estar en vuestra compañía por el momento.

Dick, irónico, le replicó:

—Por mí, te puedes apear de la nave. Cuentas con permiso para hacerlo.

—¡Muy gracioso!…

—Hombre, como has dicho eso de la compañía por el momento…

—¿Por qué no dijiste estas mismas palabras antes de abandonar la base? ¡Con lo bien que me había prometido pasarlo al lado de una exuberante criatura y no masculina precisamente!

—Ignoraba tal circunstancia… De haberlo sabido, te hubieras quedado en tierra.

—¡Bah!… No tiene importancia. Lo interesante es poder volver.

—Esa intención llevamos. Observo que estás de un pesimismo subido. ¿Qué te pasa, Telly?

—Pues como pasarme, pasarme, nada…, si exceptuamos el enjambre ese. ¿Te parece poco?

—Si aludes a su número, no.

—Al número y a las consecuencias.

—¿Cómo puedes saber que habrán consecuencias?

—Las presiento.

—No hay que adelantar acontecimientos, Telly. En ocasiones no sirven para nada y todo sale al revés.

—¡Ojalá que salga al revés!

CAPITULO III

Inesperadamente, se produjo una gran llamarada. Procedía del lugar que ocupaba el gran transporte, el cual estalló en mil pedazos.

El comandante Dick Hart dio un tirón a los mandos para torcer bruscamente hacia su derecha a tiempo que aceleraba al máximo los impulsores.

El capitán, pasada la primera sorpresa, se lamentó:

—¡Si ya sabía yo que iba a suceder algo!...

A lo que le replicó el comandante:

—Ya que te pones en ese plan de adivino, al menos podrías avisar de lo que va a pasar.

—Pues…

No le dio tiempo a continuar, quedando en suspenso con la boca abierta.

Otra nueva llamarada y una de las naves de escolta del que fue un gran transporte terminaba de desintegrarse.

Algunos fragmentos alcanzaron al vehículo espacial del comandante, debido a la relativa proximidad en que se hallaban del que acababa de estallar.

—¡Cuidado, Dick! Nos van a hacer polvo.

El comandante ya había efectuado otro giro para evadir los fragmentos más peligrosos.

—Tú tranquilo, Telly. Mientras no nos alcancen…

—Claro… ¿Y qué remedio me queda?

Un temor le asaltó a Dick, manifestando:

—Hay que salir de esta zona lo más rápidamente posible. No me extrañará que las otras naves sigan la misma suerte.

En realidad, se hallaban casi en el centro de la formación de las naves estáticas, que permanecían bastante distanciadas entre sí.

Lo que había presentido el comandante se produjo al poco tiempo.

Otra de las naves estalló y acto seguido le tocó el turno a otra.

TellyFraser comentó:

—Menos mal que han sido las del otro extremo…

Por un momento, enfrascados en las maniobras de eludir los cascotes que llovían en todas direcciones, no se dieron cuenta del movimiento envolvente que había efectuado la lejana formación de naves.

De súbito, el teniente de comunicaciones transmitió alarmado:

—Comandante, nos están rodeando.

Rápidamente, miró a la pantalla y..., en efecto, de un momento a otro les iban a cerrar el paso, y llegado esto, sería imposible escapar de aquella encerrona.

La situación era en extremo comprometida, y Dick tomó una rápida decisión.

—Capitán, atención a la maniobra. Vamos a intentar zafarnos del cerco. La única salida que se nos brindaes ascender para llegar antes que ellos al espacio que les queda por terminar de cubrir.

Otro cambio brusco de dirección y la nave del comandante partió a la velocidad del rayo.

Nuevas llamaradas se produjeron, pero pudieron apreciar que éstas se trataban de índole distinta a las que vieran en principio.

—Esto se está poniendo feo, Telly.

—¡Sí, ya sabía yo...!

—Deja las sabidurías de una vez y centra tu atención en el cañón emisor de rayos.

—¿Quieres decir con esto que vamos a atacar?

—Ellos lo están haciendo. Por lo tanto, la agresión no ha partido de nosotros.

Estas palabras parecieron animar al pesimista del capitán, quien se olvidó por completo de sus malos presagios.

Entretanto, la astronave pilotada por el comandante se iba aproximando al único espacio que quedaba libre.

Las huestes atacantes parecieron apercibirse de la maniobra.

Cuatro astronaves salieron de la formación decididas a cortarles el camino.

El teniente de comunicaciones anunció:

—Comandante, cuatro astronaves superrápidas pretenden salimos al encuentro.

—Gracias, Joseph. Ya me he dado cuenta de ello.

Por el momento, esto a Dick no le preocupó.

Tenía plena confianza con su máquina y le amparaba la certeza de llegar antes al espacio libre, y una vez alcanzado éste, el trabajo sería de ellos para interceptarles.

Lo más grave del caso era que las explosiones se iban acercando a su nave de forma peligrosa y no contaban con cualquier obstáculo donde poder refugiarse.

La mente del comandante trabajaba afanosamente.

Era evidente que sus atacantes iban corrigiendo la puntería, y tal como lo estaban realizando, de un momento a otro, les alcanzarían de lleno.

Sopesó la posibilidad de defenderse atacando y no lo pensó más.

Era la única solución factible.

Enfiló su astronave hacia los que pretendían cortarles el paso.

Esta maniobra audaz dejó desconcertados a sus atacantes, puesto que si persistían con los disparos podrían alcanzar a los de su bando, es decir, a los que se hallaban a espaldas de la nave del comandante y que cubrían aquella zona.

La tensión iba en aumento a medida que se acercaban a las cuatro astronaves interceptoras.

El capitán TellyFraser no se atrevía a decir nada. Por si se presentaba la ocasión, él ya había elegido su blanco y éste no se apartaba de su visor.

Todo hubiera salido bien, a no ser que una de las cuatro interceptoras se salió de su trayectoria, efectuando un picado para luego enderezarse y ascender de nuevo.

El comandante captó inmediatamente sus intenciones.

Lo que pretendía con aquella maniobra era dejarles de nuevo al descubierto y disparar libremente sin temor de causar perjuicios a sus compañeros.

Dick dijo tan sólo:

—No hay más remedio que dar antes de que te den...

Nada más terminar de decir esto, varias llamaradas hicieron acto de presencia alrededor del lugar que estaban ocupando.

—¡Cáspita, comandante!... Me temo que ése lleva muy malas intenciones.

—Admiro tu clarividencia, capitán. Estás en vías de aciertos —comentó, guasón, Dick.

Para suerte de ellos, los de la nave atacante tenían muy mala puntería o bien sus cálculos eran erróneos.

Esta circunstancia la pudo aprovechar el comandante para ladear su nave y coger de frente a la que había osado disparar contra ellos.

En la fracción de unos segundos la encuadró en su visor, accionó el disparador de su cañón emisor de rayos y un haz de intensa luz pareció cubrir por unos momentos la distancia que separaba a ambas astronaves.

Mas los resultados fueron muy diferentes.

Mientras el comandante seguía en su camino, una llamarada se produjo en la que instantes antes les atacara, para desintegrarse acto seguido.

Pareció que la acción del comandante desconcertara a las tres naves interceptoras, pues a toda prisa variaron la trayectoria que llevaban.

El capitán, así lo manifestó:

—Buen golpe, Dick. Mira cómo huyen atemorizados.

Dick no le contestó hasta que terminó la maniobra de poner en posición la nave y reanudar el intento de escapar del cerco.

—Estás en un error, Telly. He caído en la trampa que nos han tendido como el más perfecto de los idiotas.

—¡Eh!... ¿Qué dices?

—Mira al frente y te convencerás de mis palabras.

En efecto, el único claro que quedaba por cubrir lo estaban

taponando los componentes de aquella numerosa flota espacial.

Con pesar, el comandante dijo:

—Nunca hay que menospreciar al enemigo. Creí tener la salvación a mi alcance y ya ves los resultados.

—Pero tú has hecho lo más adecuado. Si no les atacabas, nos hacían polvo.

—Sospecho que me he precipitado.

—¿Por qué tienes tal sospecha?

—Por dos razones.

Como el comandante no se apresurara en exponerlas, TellyFraser inquirió:

—¿Se pueden saber?

—Primera: Viendo que no nos podían dar alcance, han optado por una maniobra de distracción lanzando a la nave en simulacro de ataque.

—¿Llamas tú simulacro de ataque con las explosiones que nos estaban rondando?

—Aun con eso. La cosa está clara. Mi error ha sido morder el anzuelo, abandonando la trayectoria que nos hubiera llevado lejos de ellos.

—Pero no había más remedio, Dick.

—Lo dudo. El haberme entretenido les ha facilitado el tiempo suficiente para cubrir el único hueco que les quedaba por taponar.

—¿Y la otra?

—El haber disparado contra esa nave.

—En eso no estoy de acuerdo. Las intenciones que llevaba han quedado bien definidas, ¿no?

—Con todo ello, me temo que si no han hecho blanco es porque no han querido.

—O no han podido, que no es lo mismo. Te repito que has hecho lo más indicado.

—Lo más tonto, diría yo.

—¿Calificas de tontería el haber salvado el pellejo de todos?

—Todavía desconocemos el desenlace de todo esto. Claro que siempre queda el recurso de que mientras haya vida existe la esperanza. Mira por dónde se te plantea una incógita muy adecuada a tus dotes de adivino.

El comandante Dick Hart siempre tenía algunas frases de buen humor aun en los momentos más trascendentales.

Mas, en esta ocasión, observó que el capitán se quedaba pensativo sin atreverse a exponer sus pensamientos.

En el fondo, el comandante, aun sabiendo que hizo lo más adecuado, se reprochaba el haber caído en la ratonera y no lo lamentaba por él mismo, sino por la suerte que pudieran correr los hombres que estaban bajo su directa responsabilidad.

La tripulación se dio cuenta de la situación, pero estaban tranquilos puesto que su comandante les había sacado de otros atolladeros y confiaban plenamente en él.

* * *

El capitán médico Harold Stone estaba en su laboratorio tratando de investigar las causas de la muerte del artillero Michael, ocupante de la torreta superior. Para él ya podían caer rayos y centellas a su alrededor, que no se enteraba de nada cuando estaba dedicado a su trabajo.

Su teoría era el cumplir plenamente en sus funciones, dedicarse por entero a ellas.

Todo lo demás lo dejaba en manos de su comandante y amigo.

La presencia de una sustancia extraña en los análisis le tenía sumamente intrigado.

Logró en parte aislar esta sustancia, a la que sometió a cultivo.

Tras varias pruebas, observó la existencia de una proliferación celular muy acentuada, fuera de lo corriente.

Esto le indujo el ir a recoger una nueva muestra de los tejidos del infortunado muchacho, cuyo cuerpo sin vida yacía en el departamento de conservación que llevaban a bordo para ser entregado a los suyos.

La primera impresión que tuvo es la de que aquel cuerpo había aumentado de volumen, cosa que le extrañó puesto que se utilizaban las más avanzadas técnicas de conservación.

De todos modos, en su larga experiencia de medicina espacial, sabía que en ocasiones los procesos se alteraban, existiendo una variante en el desarrollo de los mismos de hallarse en su medio habitual al de producirse en un ambiente artificial, aunque éste hubiera sido programado con exacta imitación.

Con las muestras recogidas volvió a su laboratorio para someterlas al mismo proceso.

El resultado fue sorprendente.

La proliferación o multiplicación celular era muchísimo más acelerada que la observada en el cultivo anterior.

Pensaba ir a notificar su descubrimiento al comandante Dick Hart, cuando irrumpió en el laboratorio su auxiliar de a bordo, comunicándole:

—Doctor, el teniente artillero Alexander Sim parece recobrar el conocimiento.

—¡Gracias a Dios!… Ya dudaba que lo hiciera. Vamos allá.

CAPITULO IV

Tanto el comandante, el capitán, como el resto de la tripulación, si exceptuamos al doctor, se pudieron dar cuenta de que el cerco se iba estrechando paulatinamente, sin prisas, con la seguridad de que la presa no se les escaparía.

El capitán no pudo contenerse de comentar:

—Esos tipos son unos sádicos... Parece que se están regodeando antes de obsequiarnos con el cañonazo definitivo.

—En efecto, eso parece.

—¿Y si en vez de ser ellos, somos nosotros quienes les obsequiamos con una andanada de todos nuestros efectivos?

—Sería una acción sin resultados positivos.

—Quizá nos abriéramos brecha.

—Por las medidas que han adoptado, están en disposición de cubrirlas inmediatamente que éstas se produzcan.

—¿Por qué tiene que ser así? La sorpresa es un punto a nuestro favor.

—En ocasiones, Telly, te pronuncias con la mentalidad de un adolescente.

—¿Por qué razón?

—¿No te has fijado en la segunda línea de astronaves formadas tras el cerco principal?

—Sí, tienes razón. No había reparado en ello.

—Antes de tomar una decisión hay que observar todo cuanto aparece a nuestra vista e incluso sospechar de lo que no se ve. Los errores se suelen pagar caros y todo ello lo digo más bien por mí.

—Dick, ya te he dicho...

—Agradezco tu intención, pero la verdad es que estoy descontento de mí.

El diálogo fue interrumpido por la voz del teniente de comunicaciones:

—Comandante, parece ser que he captado algo.

—Conecta el amplificador, Joseph.

Así lo hizo y hasta ellos, confusamente, parecía oírse lo que bien pudiera tratarse de un mensaje por la repetición fonética de algunos términos.

No había forma de entender lo que pudieran decir, por lo que el comandante efectuó una conexión con la computadora políglota.

Por más que esperaron, la computadora electrónica; no daba una solución correcta, algunas palabras sin sentido y nada más que pudiera proporcionarles una luz.

El comandante, en vista de ello, preguntó al teniente de comunicaciones:

—Joseph, ¿tienes la frecuencia con que transmiten?

—Sí.

—Pues sintonízala, que voy a hablarles.

—Sintonizada.

Dick Hart emitió el siguiente mensaje:

—Quienes quiera que seáis, en nombre de La Libertad del Espacio, os conmino a que levantéis el cerco y nos dejéis seguir nuestro camino.

La Libertad del Espacio hacía alusión a un convenio intersideral.

Quienes incumplían lo estipulado en el convenio eran sometidos a severas sanciones.

No tardaron en contestar, y lo hicieron en su mismo idioma:

—¡Atención a la nave apresada! Aunque no formamos parte de La Libertad del Espacio, tenemos conocimiento de su existencia. Por ese mismo convenio os ordeno que os sometáis y respondáis de los cargos que se os imputan.

A lo que Dick contestó:

—Nosotros no hemos cometido ningún delito, más bien hemos pretendido ayudar.

—Los hechos demuestran lo contrario y tenemos que llevaros con nosotros.

Por lo que manifestaban no había escapatoria posible y se podía deducir fácilmente que estaban dispuestos a todo y apoderarse de ellos como fuera.

Aun así, el comandante manifestó:

—Exijo una garantía de seguridad.

—No estáis en posición de exigir, sino en la de obedecer. Y éstas son mis últimas palabras.

Los esfuerzos realizados por el comandante para reanudar el diálogo resultaron infructuosos.

Momentos después unas naves se destacaron de las otras y fueron aproximándose a ellos.

—¿Qué hacemos, Dick? —inquirió el capitán.

—No nos queda más alternativa que capitular. Lo otro constituiría un suicidio.

Cuando las naves estaban muy próximas a la de ellos, una explosión conmovió la del comandante.

—¡Cerdos! —exclamó indignado el capitán.

Ante tal hecho, el comandante Dick Hart fue más expeditivo al dar una orden tajante:

—¡Fuego a discreción!

De todas partes comenzaron a salir rayos que fulminaban a las naves que iban destinadas.

Las primeras en quedar fuera de combate fueron las más cercanas y luego el comandante arremetió contra las que tenía al frente.

Dadas las circunstancias que se habían presentado, tenían que abrirse paso a toda costa, aunque tuvieran que sucumbir en su empeño.

Gritó el comandante a los que estaban al servicio de los cañones emisores de rayos:

—¡Centrarlos hacia las naves que tenemos delante! ¡Vamos a intentar atravesar el cerco! ¡Suerte, muchachos!

La potencialidad ofensiva de la astronave de Dick, pronto pesó en las huestes enemigas.

Unas tras otras fueron fulminadas las que se oponían a su paso y aunque ellos recibieron algunos impactos, no afectaron, por el momento, a su máquina.

—¡Cuidado, Telly! ¡Esa que viene por tu izquierda!

El capitán miró hacia donde le indicó su comandante y con suma rapidez encuadró a la nave en cuestión, y acto seguido efectuó varios disparos.

Pero aquella nave resistía e iba acortando distancias peligrosamente.

—¡Que se nos viene encima, Dick...! —gritó el capitán.

El comandante miró de soslayo para no descuidar su atención de lo que sucedía delante de él.

Efectivamente, vio que como una flecha iba directa a ellos y Dick adivinó sus intenciones.

Pretendía chocar contra ellos para eliminarlos por la vía rápida.

Dick efectuó un amago para salirse de la peligrosa trayectoria y al momento la nave pasaba por encima de la suya.

Aunque logró evitar el choque de lleno, pudieron apreciar una brusca sacudida, mas como el comandante estaba aferrado a los mandos pronto restableció el equilibrio.

No sucedió lo mismo con la nave suicida.

Perdido el control por el roce que tuvo con la que pretendía estrellarse, fue dando tumbos colisionando por fin con una de su propio bando.

Dick, sólo comentó:

—Esto es lo que se dice abatir dos pájaros de un solo tiro.

—¡Y menudos pájaros...!

Corroboró el capitán con un suspiro de alivio.

No les dio tiempo a más comentarios.

Estaban consiguiendo abrir brecha, pero los huecos eran cubiertos inmediatamente.

Ellos gozaban de plena libertad de fuego, cosa que los contrarios se retraían para no causar daño a los suyos y asegurarse en sus disparos.

La dificultad en ellos aumentaba y cada vez se hacía más difícil «cazarles», dada la movilidad que el comandante Hart imprimía a su cosmonave.

La contienda era abrumadoramente desigual.

Daba la impresión de que un feroz cachorro se defendía valerosamente de una manada de lobos dispuesto a vender cara su vida.

Les resultaba imposible el poder precisar cuantas naves habían puesto fuera de combate. Les resultaba imposible enumerarlas.

El comandante avanzaba más y más hacia la barrera, eliminando cuanto se oponía a su paso.

En el preciso momento en que vio una brecha, se dirigió a toda velocidad hacia ella.

Era lo que estaba anhelando el comandante y no desperdició la ocasión, al tiempo que ordenaba con enérgica voz a sus artilleros:

—¡No permitáis que se acerque nadie, muchachos!

La acción demoledora de la nave que pilotaba con gran maestría Dick, dejó sentir sus efectos.

No solamente consiguieron mantener la brecha, si no ampliarla más.

Ya estaban de lleno en ella, cuando el teniente de comunicaciones avisó:

—Comandante, por popa se aproxima el grueso del enemigo.

—Gracias, Joseph. Me lo temía. ¡Mantenerlos a raya!

El teniente desdoblaba sus funciones en casos extremos y en esta ocasión tomó el mando del teniente artillero Alexander Sim, todavía no repuesto de su percance.

La misión del teniente era cubrir la retaguardia y cumplía muy bien su cometido.

Además de mantenerlos a raya, tal como había ex presado su comandante, había logrado que la formación se desbaratara y quien más y quien menos, procuraba ponerse fuera del alcance del contundente fuego de contención.

Al comandante se le antojó que la abertura lograda constituía un pasillo interminable al que no se le veía el final.

Pero la realidad era que tocaba a su fin y solamente cuando

estuvo seguro de ello, exclamó a su tripulación:

—¡Animo, muchachos...! ¡Ya casi estamos fuera de este endiablado pasillo...!

Estas palabras parecieron imprimir más bríos y en consecuencia, sus esfuerzos se redoblaron.

Sus enemigos veían con desesperación que se les escapaba de las manos lo que consideraron una presa fácil.

El momento deseado había llegado. Acababan de irrumpir en el espacio libre y se dejó oír en toda la nave:

—¡Hurra al comandante...!

Mas Dick sabía que la posición que ocupaban ahora resultaba mucho más peligrosa que cuando permanecían encerrados.

Y tal como temía, sucedió:

En tromba las naves burladas se lanzaron en línea a su persecución y ahora podían disparar sin que se opusiera a ello el peligro de alcanzar a uno de los suyos.

El teniente de comunicaciones y sus muchachos, se las veían y deseaban en no permitir ni un segundo de descanso a sus cañones de rayos.

Tal como estaban las cosas, no cabían las maniobras de cambio de posición para evitar los impactos.

Los proyectiles eran tan numerosos, que gracias a la coraza de protección de su astronave, no les habían dejado hechos un verdadero colador.

Posiblemente en el bando contrario pudieron apreciar su ineficacia y dejaron paso libre a tres de sus astronaves.

Estas comenzaron a disparar; al principio dominados por su nerviosismo, mas luego fueron corrigiendo la puntería.

La astronave del comandante se estremeció en dos ocasiones, por lo que Dick y los demás juzgaron que los proyectiles con que les obsequiaban eran de una respetable potencia.

El capitán nada manifestó, pero en sus adentros pensó que si

ahora que habían logrado salir del atolladero, les alcanzaban...

Lo que no sabía éste es que su pensamiento era compartido por el propio comandante.

Por ello sometió a sus impulsores al máximo rendimiento, puesto que la distancia sería su mejor aliada.

Pudo darse cuenta de que la velocidad no era precisamente la que podían alcanzar, aunque suficiente para ir sacándoles ventaja.

Las explosiones se fueron espaciando, pero resultaban más peligrosas por la proximidad de las mismas.

Dick se estaba poniendo nervioso por aquel pertinaz acoso y sin poderse contener, llamó al teniente de comunicaciones:

—¡Teniente Godley! ¿Qué diablos ocurre por ahí detrás?

—Es una sola nave que no hay forma de abatirla. Está...

No pudo terminar. Una explosión retumbó en el interior.

Dick entregó el mando al capitán, advirtiéndole:

—Mantén la velocidad. Voy a comprobar lo que ha pasado.

Salió con precipitación de la cabina de mando y se fue hacia la parte posterior de la astronave.

En el camino se encontró a dos muchachos de su tripulación que llevaban a otro inconsciente hacia la clínica hospital.

—¿Dónde ha sido? ¿Qué le ha pasado? —preguntó precipitadamente.

—En el almacén, junto a la torreta lateral izquierda. En cuanto a él, no lo sabemos. Lo hemos recogido sin sentido.

—Rápido, llevaoslo.

En dos zancadas se presentó en la parte afectada por la explosión y a través de la mirilla de la puerta estanca, pudo apreciar los destrozos ocasionados.

La cosa era grave. Tendrían que aterrizar en cualquier lugar para llevar a cabo una reparación efectiva.

Acto seguido se fue al puesto que ocupaba el teniente, quien le manifestó:

—No hay manera de cazarla, continuamente está cambiando de posición.

—Déjame a mí, Joseph.

El comandante se hizo cargo del cañón y observó que aquella nave utilizaba una estrategia similar a laque él puso en práctica para presentar el menor blanco posible.

Esperó que efectuara dos movimientos y al inicial el tercero, pulsó el emisor de rayos, dando de lleno en la nave que les causó los destrozos y que amenazaba con destruirlos de una vez y para siempre.

La distancia que les separaba de las otras, era ya muy considerable.

No obstante, le advirtió:

—No perdáis de vista sus movimientos.

—Así se hará, comandante.

CAPITULO V

Ya con relativa calma, por haber eliminado a aquel último inoportuno en acosarles, el comandante se fue a inspeccionar el primer impacto que recibieron.

En realidad era de poca importancia y ya el personal encargado de la reparación de la nave, estaba dedicado a sustituir una de las puertas de acceso por otra de las que llevaban de repuesto.

Posteriormente se dirigió a donde estaban hospitalizados el teniente artillero y el muchacho al que habían herido últimamente.

Se encontró con el doctor Stone.

—¿Cómo está el muchacho, Harold?

—Afortunadamente, nada de importancia. Algunos rasguños superficiales, magullamiento y pérdida momentánea de conocimiento a consecuencia de ser proyectado por la explosión.

—Menos mal. ¿Y cómo sigue el teniente Alex?

—Este me tiene más preocupado. Parecía recuperarse, para estacionarse de nuevo. Hay momentos en que da la impresión que la lucidez vuelva a él, pero se sume de nuevo en su estado de inconsciencia. Aun con todo ello, considero que va prosperando en bien.

—¿A qué lo atribuyes? ¿Te han dado algún resultado los análisis?

—Eso es lo malo, todo resulta normal. De existiralgo fuera de lo corriente, ya tendríamos una causa a combatir. Pero así… Ya te digo, estoy desorientado.

—Por todo lo que me has dicho, no nos queda más recurso que esperar. ¿Es eso?

—Exacto… Ahora recuerdo que quería decirte algo, Dick…

—¿Qué es ello?

—¡Ah, sí…! Quisiera que dieras un vistazo a unos cultivos que he efectuado en el laboratorio.

—Pues vamos a verlo.

El capitán médico Harold Stone podía abordar con el comandante Dick Hart cualquier tema sobre su profesión puesto que Dick poseía amplios conocimientos sobre esta rama de la ciencia.

—Observa este cultivo.

Dick se aproximó al ocular del microscopio electrónico y estuvo unos segundos contemplando el campo visual que aparecía ante sus retinas.

El doctor le recomendó:

—Fíjate bien para establecer un estado comparativo con el que verás a continuación.

—Sí, ya lo tengo prefijado, Harold.

—Bien. Ahora este otro.

Cambio de preparación y con la mano le señaló que ya podía mirar.

Dick efectuó unas correcciones y al poco tiempo manifestó:

—¡Es asombroso…! ¿Cómo es posible esta proliferación celular tan acelerada?

—Eso mismo me preguntaba yo y únicamente encuentro una explicación.

—¿Cuál?

—Las muestras que has visto corresponden a tejidos del infortunado muchacho que pereció en la torreta.

—¿Y bien…?

—Tanto en tejidos, como en sangre, humores acuosos, etcétera, invariablemente he hallado una sustancia que desconozco hasta el momento.

—¿En qué proporción?

—Bastante elevada, circunstancia que me he permitido aislarla de las demás.

Harold Stone hizo una pausa como tratando de ordenar sus ideas.

Dick le animó interesado:

—Adelante. Te escucho.

—Por casualidad, una gota de la sustancia aislada, se cayó sobre el tejido epitelial que tenía en observación. Al poco rato y a simple vista, dicho tejido se mostraba alterado.

—¿Qué más?

—Acuciado por la curiosidad lo examiné al microscopio y no podía dar crédito a lo que veía. El epitelio iba aumentando de grosor y la proliferación seguía.

»Lo malo del caso es que no podía dar con la causa de este fenómeno, hasta que caí en la cuenta que sería debido a una gota de la sustancia extraña.

Dick sonrió, manifestando burlón:

—Como buen sabio, hasta haces honor a las distracciones propias de vuestras mentes.

—Déjate de ironías. Ello me indujo a repetir la operación, ahora a conciencia, y ya has visto los resultados.

—¿Has localizado la composición de esa extraña sustancia?

—Para ello tendría que contar con un laboratorio mejor equipado del que disponemos.

—¿Supongo que habrás pensado en las posibles aplicaciones de tu descubrimiento?

—En efecto, Dick. Me conoces bien y has acertado. Ni duermo, ni descanso un minuto...; en cuanto me lo permiten las circunstancias, siempre vuelvo a lo mismo y me voy asombrando cada vez más de las posibilidades que se pueden presentar.

Al capitán médico se le veía excitado y manteniendo en los ojos el brillo de un visionario.

—¡Ea! Pues partícípamela de una vez y me sacarás de dudas.

—¿Te imaginas lo que sería extirpar parte de una viscera, de un miembro, de un tejido y al aplicarle esta sustancia se fuera regenerando hasta ocupar su volumen, capacidad y funciones?

El comandante se le quedó mirando como pensandosi su amigo estaba en sus cabales o padecía de alucinaciones.

Harold así lo comprendió, manifestando los propios pensamientos de su amigo:

—Te parece algo descabellado, ¿no es así?

Dick trató de arreglar la cosa para no herir la susceptibilidad del doctor:

—Hombre..., todos los principios de un descubrimiento siempre han parecido algo descabellados, hasta que su efectividad ha sido demostrada.

—Estoy seguro de que si esto da los resultados apetecidos, causará un gran impacto en la rama de la medicina.

—Lo único que tendrás que enfrentarte con un escollo de gran envergadura.

—¿Cuál?

—Con los Bancos de Transplantes y los equipos de cirujanos que se dedican a ello. Les sumirás en la ruina y antes que eso suceda te destruirán a ti y a tu fórmula.

—No seas guasón... Pero mira, bien pensado no me sabría mal que se fueran al traste esa pléyade de comerciantes de órganos humanos que se lucran de las muertes y necesidades de sus semejantes.

—Bueno, dejando aparte bromas, sería algo maravilloso que tu hipótesis fuera una realidad.

—¡Y tanto…! Sólo con eliminar el problema que se presenta en la admisión de tejidos transplantados, ya sería de por sí un adelanto muy grande, máxime si esos tejidos fueran regenerados por el organismo del propio individuo.

—Pues adelante, Harold, no decaigas en tu empeño.

—Estoy demasiado absorto con la idea para abandonarla. ¡Lástima que no esté en la Tierra para dedicarme de lleno…!

—Lo siento, tendrás que revestirte de paciencia y contentarte con los medios que tengas a mano. Hay que efectuar una reparación de envergadura en la astronave antes de que emprendamos el regreso. El meternos en libros de caballería, nos ha resultado caro.

—A propósito de eso, Dick. Tú que estuviste inspeccionando las naves suspendidas en el espacio, ¿te llamóla atención alguna particularidad de los humanos que se hallaban sin vida en las mismas?

—Pues…, aparte de la atmósfera verdosa y que se hallaban sin vida…

El comandante pareció meditar unos momentos, tratando de rememorizar, diciendo a continuación:

—Sí, me pareció notar, al abandonar aquellas naves que los cadáveres presentaban una hinchazón más acentuada que cuando los ví por primera vez.

—¿Como si estuvieran sometidos a un proceso acelerado de descomposición?

—Exacto, eso es. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Sencillamente, porque al muchacho que tenemos en el depósito le sucede otro tanto, pese a estar sometido al sistema de conservación.

—¿Y crees que eso será consecuencia de la proliferación celular?

—Ni más ni menos.

—Pero… Se me ocurre una pregunta. Estando el individuo sin vida, ¿puede seguir produciéndose la multiplicación de las células?

—Partiendo de la base que la célula es el último; elemento con vida propia y que pueden sobrevivir un período a la muerte del individuo, las funciones las siguen manteniendo y por lo tanto, al ser activadas prosiguen en su multiplicación.

—Otra pregunta. ¿No se puede detener el proceso?

—Me estás haciendo una pregunta sin respuesta. Es tamos en los albores de un fenómeno desconocido y si éste no sabemos cómo se desenvuelve, ¿cómo vamos a hallar un medio para detenerlo o destruirlo?

—Tienes razón. Quizá haya expresado mal lo que quería decir. En realidad se nos va a presentar un grave problema con el cuerpo del muchacho. La incineración sería el medio más práctico, pero no quisiera llegar a ese extremo.

—¡De ninguna de las maneras, Dick! Ten presente que es la fuente de mis investigaciones y desaparecido el cuerpo de Thomas se acabó todo.

—Me duele que tu interés por el que fue Thomas sea meramente científico.

—Ahora eres tú quien no me ha entendido. Sabesbien la gran estima que les tengo a todos y lo que me afecta, aunque no lo manifieste, la desaparición de alguno de ellos…

El doctor, tras una breve pausa, prosiguió:

—Su cuerpo es el único punto de partida con que cuento para un descubrimiento que podría ser revolucionario y los beneficiados en suma sería la propia humanidad.

»A Thomas, por desgracia, no se le puede hacer nada y sin él saberlo puede pasar a la posteridad, ya que si todo ello da un resultado positivo, no silenciaré su participación básica.

El comandante, ante la argumentación expuesta, manifestó:

—Perdona el que me haya expresado en esos términos. No era mi intención molestarte. Puedes seguir en tus investigaciones.

—Gracias, Dick. En realidad no me he molestado, han sido tus nobles sentimientos los que han hablado. Yo, en tu lugar, quizá hubiera dicho lo mismo.

El comandante no le escuchaba, estaba absorto con sus pensamientos y la idea que había germinado en su mente, se la expuso abiertamente:

—Oye, Harold. Referente a lo que me has dicho de Alex, ahora recuerdo que él, en el momento del percance, le cogió a medio colocarse la escafandra.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Pues si su estado es consecuente de haberle afectado la atmósfera verdosa, ¿no se podría suponer que lo mismo que has hallado en Thomas lo encuentres en Alex?

—Hombre, tiene gracia... No he parado en esa posibilidad, pero ahora que lo dices puede suceder que estés en lo cierto. Aunque te he dicho que nada anormal he hallado en los análisis, utilizaré el método seguido con Thomas.

—Quizá pueda existir una relación. ¿No crees?

—Muy posible.

Por las comunicaciones interiores, se dejó oír la voz de TellyFraser:

—Comandante, venga al puesto de mando. Han surgido anomalías.

—En seguida voy, capitán.

Sin demora, se encaminó hacia donde se gobernaba la astronave.

—¿Qué sucede, Telly?

—Estamos perdiendo velocidad de forma ostensible El impulsor de la derecha ha dejado de funcionar y como puedes apreciar, el fluido a los demás llega con dificultad.

En efecto, los indicadores mostraban la deficiencia apuntada por el capitán y el comandante inmediatamente pensó en la necesidad de un aterrizaje para poder llevar a cabo una inspección en la nave.

Podían efectuarla manteniéndose flotando en el espacio y esto fue lo que dijo el capitán:

—¿Quieres que salga para averiguar lo que ocurre?

—No, Telly. Aunque hemos cubierto mucha distancia, despegándonos de los que pretendían apresarnos, nos pueden localizar de nuevo y en esta ocasión no tendríamos escapatoria.

—¿Y qué sugieres?

—Haz uso del cohete de lanzamiento. Así recuperaremos la velocidad de crucero.

—Pero esto nos puede resultar peligroso, Dick. Consumiremos un exceso de fluido que luego nos puede hacer falta.

—No hay más remedio que exponernos: o esto o dejarnos atrapar.

Ante tal tesitura, la elección no daba lugar a dudas.

El capitán pulsó el botón de ignición del cohete y en unos segundos recobraron la velocidad deseada.

CAPITULO VI

La astronave del comandante Dick Hart proseguía su camino.

Dick efectuó un estudio del planeta que se hallara más cercano y conocido a la vez, donde pudieran efectuar un aterrizaje de emergencia.

Los incidentes acontecidos les desviaron mucho de su ruta y antes de llegar a un lugar que les resultara familiar, temía que la nave no respondiera por las complicaciones surgidas a consecuencia de ser alcanzados por aquellos desconocidos.

Los temores que asaltaron al comandante fueron una realidad antes del tiempo previsto.

La nave comenzó a dar tumbos completamente incontrolada y de nuevo el capitán recurrió a su comandante:

—¡Dick, los mandos no responden...! ¡El sistema gravitatorio ha quedado anulado...!

En efecto, la mayoría de la tripulación, a los que cogió desprevenidos, iban flotando por el interior de la astronave y rebotando de una parte a otra cada vez que se producía un bandazo y éstos eran continuos.

De la mesa de trabajo del comandante saltó todo cuanto en ella había y el espacio de su cabina se pobló de los más diversos objetos.

Tras ímprobos esfuerzos, logró colocarse las botas de adherencia magnética y ya contando con dos puntos de sujeción, comenzó a andar, de la forma que pudo, hacia el puesto de mando.

A consecuencia de aquella nueva contrariedad, el comandante llegó allí bastante malhumorado.

—¿Pero qué diablos haces, Telly? Te tendré que mandar a un curso de vuelo espacial para que te refresquen la memoria. Pareces un novato en la materia.

—Si es que...

—¡No hay excusa que valga...! —le cortó Dick—. Nos haces andar

a todos de coronilla y a fe mía que jamás se empleó palabra más adecuada.

El capitán TellyFraser estuvo a punto de soltar la carcajada, a no ser por la comprometida situación que estaban atravesando.

En efecto, Dick andaba por el techo, puesto que la estructura metálica en esa zona se hallaba más limpia de impurezas y la adherencia de las botas magnéticas resultaba más contundente y por lo tanto iba de coronilla con relación al suelo de la nave.

Con ágil movimiento, el comandante logró alcanzar, su sillón de piloto y luego de sujetarse al mismo, rogó al capitán:

—Déjame los mandos. Veré lo que se puede hacer.

Tras varias pruebas de tanteo, pareció que la nave iba recobrando su estabilidad, aunque el sistema de gravitación interior seguía averiado.

Al cabo de un rato, la navegación volvió a la normalidad.

—Bueno, parece que vayamos por buen camino. Aunque...

El capitán consideró innecesario preguntar, pues sabía que Dick continuaría manifestando sus pensamientos, como así fue:

—Aunque la velocidad va en aumento. Compruébalo, Telly.

Al comandante le pasaban en seguida los enfados, era simplemente un pronto que se esfumaba acto seguido.

—Sí, Dick, tienes razón. La velocidad se intensifica.

Tras la confirmación del capitán, el comandante llamó al teniente de comunicaciones:

—¿Joseph?

—Sí, señor.

—Comprueba, por el sistema de rastreo, la existencia de algún planeta próximo.

—A la orden.

Dick casi estaba seguro de ello. La experiencia le había enseñado

a calibrar la velocidad en relación a la atracción del volumen de las masas.

Pasados unos segundos, el teniente Joseph Godley notificó exaltado:

—Sí, comandante, tenemos uno cerca y a juzgar por los datos de la computadora, de gran tamaño y atmósfera viable.

—Imaginaba la existencia de algo. Por lo que veo,no lo tenemos registrado.

—Así es, comandante.

—Bien, Joseph. Toma datos para su constancia.

Las distancias en el espacio son infinitas y ellos llamaban «cerca» a un recorrido que para cubrirlo hubiera costado miles de horas-luz.

Pero estas enormes distancias no representaban en la actualidad problema alguno. Sus máquinas estaban dotadas para eso y mucho más.

El comandante le preguntó al capitán:

—¿Qué te parece este descubrimiento, Telly?

—Pues por una parte esperanzador, ya que ello significa el poder reparar nuestra nave; más por otra..., ignoramos la hospitalidad de sus habitantes, en el supuesto de que los hayan.

—Dices bien. Según mis cálculos, hemos rebasado la parte septentrional de la galaxia Thilión.

—¿Tanto nos hemos desviado de la ruta trazada?

—En efecto. Pero no hay mal que por bien no venga. Hemos dado con la existencia de un nuevo planeta.

—Eso del mal o del bien está por ver...

—No seas cenizo, Telly. ¿Ya empiezas con tus pesimismos habituales?

—¡Hombre...! Tal como se están desenvolviendo las cosas, no hay motivo para saltar de contento. ¡Digo yo...!

—Pues dices mal. Seguimos con vida, ¿no?

—Sí, desde luego, pero..., ¿por cuánto tiempo?

—Por más que haya avanzado la ciencia, esto es uno de los muchos enigmas que nos están vedados. Por otra parte y dado tu carácter, sólo nacer ya hubieras querido morir, pues sabiendo lo que ibas a existir, note arriendo la ganancia de la vida tan aperreada que hubieras llevado.

—Bueno, bueno, sin alusiones caninas. El que más o el que menos, tiene su dignidad.

Sin que a Dick le diera tiempo a replicar, una explosión conmovió la nave.

Lo primero que hizo el comandante fue conectar la pantalla de panorámica exterior.

En el espacio no se veía nave atacante alguna, por lo que pidió:

—¡Informen lo ocurrido!

Transcurrieron unos segundos sin que nadie respondiera a su demanda, por lo que repitió:

—¡Informen lo ocurrido!

Fue la voz del capitán médico Harold Stone quien dio la información deseada:

—Comandante, ha sido en el depósito.

—Voy para allá.

Antes de abandonar el asiento, dio instrucciones al capitán:

—Telly, mantén el rumbo que llevamos. Si has de efectuar alguna maniobra de corrección, hazlo con suavidad, de lo contrario bailaremos de nuevo.

—De acuerdo, comandante.

Como la ingravidez persistía, Dick materialmente voló a través de los pasillos y descendió al compartimento donde estaba emplazado el depósito de conservación de cadáveres.

En dicho compartimento existía una puerta que cerraba herméticamente, por lo que quedaba completamente aislado del resto de la nave.

En la misma puerta encontró al doctor Stone, que miraba estupefacto a través del recio cristal.

—¿Qué ha pasado, Harold?

—No lo sé. Juzga por ti mismo.

Se apartó de la mirilla y le cedió el sitio que ocupara momentos antes al comandante.

Este se quedó atónito.

La cámara de conservación que albergaba el cuerpo sin vida de Thomas, estaba completamente destrozada y... vacía.

Pero había más. Un gran boquete se había originado en la estructura exterior de la astronave por el que se podía ver el espacio libre.

—¿Cómo ha sucedido esto?

—Lo único que sé, es que he venido a recoger unas muestras del cuerpo de Thomas, haciendo uso de las pinzas mecánicas a través de los orificios aislantes de acceso a la cámara de conservación...

—¿Y no has notado nada anormal?

—Excepto que el volumen del cuerpo de Thomas había aumentado considerablemente, nada más. A esta circunstancia no le he concedido la menor importancia al considerar lógica esta evolución.

—Partimos de un punto falso, Harold. Lo ilógico es la evolución que estaba tomando.

—Bien, de acuerdo. Lo que he querido decirte es que no me ha llamado poderosamente la atención este detalle, puesto que ya estaba en antecedentes.

—De acuerdo. Sigue.

—Nada más terminar mi cometido y cerrar la puerta hermética, he sentido una explosión dejándome medio aturdido. Inconsciente he

oído tu voz y cuando he podido he contestado a tu demanda de información.

—¿Qué explicación encuentras a todo esto?

—Ninguna. La única que el cuerpo de Thomas ha estallado.

—Esto resalta a la vista. Lo inexplicable del caso es la potencia desarrollada, tal como para abrir un boquete en la estructura de la nave. Y no vayas a decirme que ha sido por la fuerza de la proliferación celular.

—¿Y por qué no, Dick…? Nos hallamos ante un fenómeno desconocido y fascinante a la vez.

—Harold, eres el polo opuesto a Telly; él, excesivamente pesimista y tú, extraordinariamente optimista. Si a estos hechos les llamas fascinantes, no me extrañaría te quedaras tan satisfecho de que fuéramos desintegrados a consecuencia de un «fascinante» fenómeno.

—Vamos, Dick, tú también eres un tanto tremen dista. Me refiero única y exclusivamente bajo el puntode vista científico, sin aludir un solo momento a lo afectivo y daños materiales.

Era evidente que el comandante se había dejado llevar por los nervios ante aquella otra contrariedad surgida por partida doble: la desaparición del cuerpo del muchacho y la avería de la nave, ya de por sí en precario estado.

No obstante, su autodominio se impuso y la responsabilidad de velar por todos los hombres que tenía bajo su mando, renació con más pujanza que nunca.

—No me hagas caso, Harold. Los humanos somos débiles y ante el cúmulo de contrariedades, me he portado como un principiante en estas lides.

—Dices bien, somos humanos y debemos de entender e incluso tratar de comprender estas reacciones, consecuentes de las circunstancias por las que se atraviesa.

Dick le miró, para luego obsequiarle con unos golpecitos en el hombro, como dándole a entender que no estaba dispuesto a abordar temas sociológicos, diciéndole:

—Bien, Harold. No hay más remedio que admitir los hechos y

poner remedio a lo que pueda solucionarse. Nuestro inmediato objetivo es el aterrizar en cualquier parte para reparar los daños de la nave y, al parecer, tenemos uno en perspectiva.

—Pues me alegro. Un cambio de ambiente siempre suele resultar beneficioso.

Iba a contestarle:

—Depende.

Pero se dio cuenta de que el pesimismo de Telly, a quien tantas veces había reconvenido, ahora estaba haciendo mella en él, por lo que optó por silenciar sus dudas, siguiéndole la corriente:

—Sí, puede que tengas razón.

De nuevo ya en el puesto de mando, se encontró con que a simple vista se distinguía el planeta que ejercía la atracción de la nave.

El capitán, antes de comentar esta particularidad, se interesó:

—¿Qué ha sido, Dick?

Este, en pocas palabras, le resumió lo acaecido y añadiendo por su parte:

—A este paso, me da la impresión que si duramos mucho en el vuelo, terminaremos con la nave hecha una criba.

—Sí, la fatalidad se ha cebado en nosotros. Ya sabía yo, ya te dije…

El comandante le cortó en seco:

—¡Telly…! Resérvate tus sabidurías. Mira lo que tienes ante tus ojos y piensa que allí te puede esperar un verdadero paraíso.

—¡Si eso fuera verdad…!

—Por favor, Telly… Si no te conociera bien, pensaría de ti que eres un cobardón e incapaz de hacer frente a cualquier situación.

—Puede que tenga que consultar a algún psiquiatra. La verdad es que cuando estoy metido de lleno en cualquier jaleo, me olvido por completo de hallar tres pies al gato.

—Pues amigo, no habrá más remedio que buscarte un jaleo continuo. Será el único medio de que no me des la lata de modo tan reiterativo.

—¡Hombre, tanto como dar la lata...! Lo que pasaes que yo exteriorizo mis pensamientos. ¿O acaso tú no sientes miedo en ocasiones?

—Claro que lo siento y el que diga lo contrario miente. Pero sucede que me sobrepongo, de lo contrario nos convertiríamos en un par de plañideras y contagiaríamos a los demás y si esto sucediera, ya puedes imaginar...

—Está bien, está bien... Procuraré silenciar mis pensamientos.

—No, por mí puedes hacerlo si ello constituye una válvula de escape. Lo que verdaderamente me importa es tu comportamiento a la hora de la verdad y por experiencia, sé que es excelente.

—Gracias por tus «amables» palabras.

—No hay de qué.

Le contestó el comandante con el mismo tono burlón que se había pronunciado Telly.

CAPITULO VII

La entrada en la atmósfera de aquel desconocido planeta, fue efectuada sin ningún contratiempo.

Las complicaciones surgieron luego.

La fuerza de la gravedad era muy acentuada y el comandante tenía que estar con sus cinco sentidos bien alertados, para evitar que la catástrofe surgiera y fueran a estrellarse contra la superficie.

Dick le apuntó al capitán:

—Telly, ves buscando un lugar idóneo para aterrizar. Yo ya tengo bastante con mantener la nave en vuelo.

—De acuerdo.

El capitán efectuó un reconocimiento con ayuda de los aparatos ópticos instalados en la cabina, comunicando:

—En todo lo que alcanza mi vista no descubro un lugar adecuado. Se trata de una superficie muy accidentada.

—Pues procura hallarlo y pronto. De lo contrario daremos con nuestros huesos en ella.

—¿Tan difícil están las cosas?

—Difícil no, gravísimas. De un momento a otro temo que nos desplomemos.

—¡Cáspita, si que estamos bien...!

Fue la exclamación del capitán, mientras seguía buscando afanosamente.

Transcurrió un rato que a ambos se les antojó siglos y por fin Telly indicó apresuradamente:

—Mira a tu derecha, Dick... Allí hay una franja enclavada en una especie de desfiladero. Al parecer, se trata de un lugar llano.

El comandante desvió un momento la vista de los indicadores de navegación, a los que no quitaba ojo para poder subsanar la más ínfima anomalía que se presentara para seguir manteniendo en equilibrio la nave.

—Sí, ya veo. Allá vamos.

Fueron las lacónicas palabras del comandante, al tiempo que encendió la luz violeta, por la que toda la tripulación supo que estaban atravesando un peligroso momento, adquiriendo la seguridad que se requerían en tales circunstancias.

A bordo se hizo un silencio sepulcral, turbado únicamente por el rumor del viento rozando la superficie de la cosmonave.

Hasta el doctor Harold Stone, que jamás se enteraba de nada, hizo acto de presencia en la cabina de mando ocupando uno de sus asientos y sujetándose con los cinturones de seguridad.

Sólo quiso saber:

—¿Es delicada la situación?

—Sí.

No preguntó más para no distraer la atención del comandante.

Este, tratando con verdadero mimo los mandos, hacía descender suavemente a la astronave.

Ya estaban alcanzando la cúspide de los altos picachos que, en efecto, constituían un desfiladero a cuyo fondo se hallaba la parte llana. Todo resultó tal como indicara el capitán.

Dick, mentalmente, rogaba que la nave resistiera un poco más.

Sólo rebasar la altura de los picachos, el comandante notó que una fuerte corriente les arrastraba.

Hizo un esfuerzo por tomar tierra, pero resultó infructuoso.

Seguían adelante y todos los sentidos del comandante se centraron en sortear los salientes que emergían a su paso para no estrellarse contra ellos.

El final del desfiladero se ensanchaba y la corriente acanalada fue cediendo en intensidad, hasta quedar prácticamente nula al llegar a una especie de inmensa plaza circundada por las montañas.

Llegado a este punto, consiguió maniobrar libremente y con mucha suavidad, la cosmonave fue posándose en la superficie del desconocido planeta.

Dick todavía permaneció un buen rato sentado ante los mandos, como si se recuperara de la tensión pasada y del esfuerzo realizado.

Tanto el capitán como el doctor, también permanecieron en silencio y relajando sus nervios.

A poco, el comandante indicó al doctor:

—Harold, comprueba el tipo de atmósfera.

—Ya lo he efectuado, Dick. Las características son similares a la de nuestro planeta, tanto en composición, como en presión.

—¡Magnífico...! En ese caso, todo el mundo abajo. Nos vendrá bien estirar las piernas sobre un piso firme. ¿No os parece?

El indicador de peligro fue anulado y de nuevo el interior de la

nave se pobló de voces y su tono fue más acentuado cuando el comandante, luego de inspeccionar los alrededores, les anunció:

—Descender las rampas y podéis bajar, pero que nadie se aleje.

Los primeros en hacerlo fueron el comandante, el capitán y el doctor.

Los dos primeros iban provistos de sus armas individuales, como medida precautoria.

El doctor era alérgico a las mismas, por tener la teoría de que su misión era la de curar y no la de herir o matar.

El comandante, acompañado por el capitán, giraron una visita de inspección alrededor de la nave para hacerse cargo de los deterioros sufridos.

Mientras, el doctor, gran aficionado a la geología y también a la botánica, ya estaba recogiendo piedras para su posterior estudio.

En cuanto a lo referente de plantas, por el momento, no encontró ni una.

Los componentes del resto de la tripulación, salvo los que montaban la guardia al mando del teniente Joseph Godley, andaban por allí alborozados como niños a los que se les concede asueto luego de permanecer unas horas encerrados.

* * *

Una vez hubo transcurrido un descanso razonable, el comandante ordenó que se dispusieran a reparar las averías sufridas durante el vuelo.

En la nave llevaban consigo un completísimo taller, lo que les permitía poder solventar por sí solos cualquier papeleta sin tener que esperar el regreso a la base.

Dadas las características atmosféricas y benignidad del clima, instalaron un campamento al aire libre para el tiempo que efectuaran la reparación.

Una dificultad que encontraron fue la sequedad del terreno y en consecuencia la total carencia de vegetación, circunstancia que contrarió en gran manera al doctor Stone al no hallar ni una sola planta para su estudio.

Aquel día el comandante estaba dirigiendo la reparación del primer boquete, cuando tuvo la impresión de que eran vigilados, que no eran los únicos habitantes del lugar.

En algunas ocasiones se desprendían piedras que iban rodando por las laderas de las montañas que les rodeaban, pero se habían acostumbrado a ello, puesto que esto se repetía con bastante frecuencia.

Dick Hart llamó al capitán TellyFraser y le dijo:

—Telly, coge una patrulla e inspecciona los alrededores.

—De acuerdo, pero lo considero innecesario, puesto que todo está tranquilo.

—Para seguridad de todos, quiero que se efectúe ese reconocimiento.

—Alguna razón de peso te inducirá a ello. ¿No?

—Simple corazonada.

—No hay más que hablar. Te mantendré al corriente.

Poco después, el capitán, acompañado de cinco hombres de la tripulación, desaparecieron entre los riscos de las montañas que se hallaban a cuatro pasos de don de estaba emplazada la astronave en reparación.

El tiempo fue pasando sin que el comandante se diera cuenta.

Habían surgido dificultades en el acoplamiento de las planchas y aquello, luego de montado, no quedó a plena satisfacción de Dick.

Comenzaba a declinar la corta duración del día e aquel planeta.

Habían calculado que se reducía a la mitad del de la Tierra, o sea, cada doce horas, aproximadamente, se sucedía la noche y el día sin apenas transición, más bien de forma brusca.

Entonces cayeron en la cuenta de que el capitán y su patrulla, no

habían regresado todavía.

Esto representaba un peligro para su integridad física, ya que a la temperatura tolerante durante el día, le sucedía la noche con una baja que alcanzaba varios grados negativos.

Dick se dirigió al compartimento de comunicaciones con la esperanza de que Telly hubiera dejado algún mensaje para él...

Precisamente estaba allí el teniente Godley, a quien preguntó:

—Joseph, ¿ha dejado alguna nota para mí el capitán?

—Que yo sepa, no. Comprobaré el registro.

Hizo retroceder el captador automático, mas en el mismo no apareció ni una palabra del capitán.

—Es raro... ¿Qué diablos estarán haciendo? Lo malo es que no han salido para soportar la noche... Sintoniza nuestra frecuencia, Joseph.

El teniente manipuló en el cuadro de mandos, manifestando acto seguido:

—Ya está.

Dick se colocó ante el micro y habló:

—Comandante a capitán Fraser; comandante a capitán Fraser. ¡Conteste!

—Transcurrieron unos segundos en el más completo de los silencios.

Repitió la llamada y el mismo resultado.

El teniente adujo:

—A lo mejor se han refugiado en alguna cueva y no captan las ondas.

—Me extraña que suceda esto. Más bien temo que les haya pasado algo.

Efectuó un nuevo intento en su afán de ponerse en contacto con el capitán y la patrulla.

El resultado fue idéntico a los anteriores, nadie respondió a su requerimiento.

En vista de los resultados negativos, el comandante manifestó contrariado:

—Ha sido peor el remedio que la enfermedad. Saldréen busca de ellos.

—Iré contigo, Dick. Puede que necesiten de mis servicios.

Era el capitán médico Harold Stone que se hallaba a la entrada de la estancia de comunicaciones.

Y también puedes contar conmigo —manifestó el teniente Joseph Godley.

Gracias por vuestro ofrecimiento, pero voy a hacerlo solo. Tú, Harold, haces falta aquí para proseguir en los cuidados a Alex.

—Se encuentra en franca mejoría. Por lo visto este clima le va a las mil maravillas.

—De todos modos, te quedarás. En cuanto a Joseph, igualmente agradezco el ofrecimiento, pero Alex, como presumo, todavía no estará en condiciones de incorporarse al servicio y en tal caso la responsabilidad de la nave y resto de los hombres recaerá sobre ti.

Ante las manifestaciones del comandante, ellos sabían que no cabía insistir. Cuando Dick tomaba una decisión, la cumplía por encima de todo y tenían que reconocer que siempre resultaba ser la más acertada.

—Así pues, ya lo sabéis. Tenéis que quedaros aquí. Voy a utilizar el «Pequeño Explorador».

Denominaban así al pequeño vehículo auxiliar que albergaban en el hangar de la astronave y que les hace muy buen papel para efectuar reconocimientos.

El que no lo utilizara el capitán y su patrulla, tenía su explicación.

Puesto que cuando partieron era de día, la presencia del pequeño aparato hubiera sido notada inmediatamente.

La compuerta del hangar se abatió en posición horizontal y el vehículo, ocupado ya por el comandante fue avanzando hasta situarse

fuera de la astronave.

La noche era cerrada, ni la más leve claridad se podía apreciar.

El comandante conectó el sistema visual nocturno mediante el cual podía ver la superficie de aquel planeta como si fuera de día, aunque el campo visual sólo comprendiera zonas determinadas, las que alcanzaba el visor nocturno.

El vehículo se elevó suavemente, sin originar ruido alguno que turbara el aplastante silencio que imperaba en el lugar…

La temperatura en el exterior resultaba bajísima incapaz de poderla resistir un ser humano de idéntica condiciones físicas a las de ellos.

Inició la exploración siguiendo, más o menos, el camino tomado por el capitán y los hombres a su mando. En su primer recorrido, la búsqueda resultó infructuosa, pero no se desanimó por ello.

Cambió de procedimiento, comenzando a efectuar unos pases escalonados, de modo que no le quedara ni un palmo de terreno por ver.

El teniente Joseph, sirviéndose de la pantalla de rastreo, seguía las evoluciones de su comandante, sabiendo de antemano que éste guardaría silencio mien tras no surgiera algo importante como para arriesgarse a ser localizado por la emisión de microondas.

CAPITULO VIII

Hubo un momento en que el comandante tuvo la impresión de que algo se movía en la zona que estaba examinando.

Centró su atención en el lugar y ya no tuvo la menor duda.

Una fila de seres envueltos con ropajes de abrigo, iban avanzando por una senda bordeada por un precipicio.

Caminaban muy juntos, tocándose con el que le precedía y en la más completa oscuridad.

En su silencioso e invisible vuelo, siguió adelante descubriendo que aquella fila, tras torcer un recodo, se introducía en una abertura tallada en la misma roca y por la que se filtraba una tenue luz.

A la vista de ello, le asaltó la sospecha de que muy bien pudiera ser que allí estuvieran sus hombres luego de que fueran sorprendidos y apresados.

Pero ¿cómo averiguarlo?

Al comprobar que la fila se iba terminando y a poco todos desaparecerían por la abertura, pensó que entonces buscaría un lugar donde aterrizar y trataría de seguir los pasos de aquella misteriosa comitiva.

Tras describir unos círculos, halló un sitio donde posarse y al mismo tiempo quedar oculto su vehículo de miradas indiscretas.

Se caló las gafas de visibilidad nocturna individual y se dispuso a descender.

En un principio el recorrido fue fácil, pero el lugar era muy accidentado y tuvo que valerse de pies y manos para evitar el caer al abismo.

Las dificultades aumentaban a medida que se acercaba a la abertura.

Aun llevando su traje térmico, se dejaba sentir la baja temperatura del medio ambiente.

En una ocasión le resbaló un pie, quedando suspendido en el vacío asido únicamente con las manos.

Allá en el fondo se dejó oír el entrechocar de las piedras desprendidas.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y gracias a su fuerza y contextura atlética, logró izarse.

Tras unos segundos de reposo para recuperar fuerzas, reanudó el camino hacia el punto que le interesaba.

El ruido de las piedras al caer, le confirmó la sospecha de que eran vigilados en el valle donde estaba emplazada la astronave, cuyos desprendimientos muy bien podían ser a consecuencia de lo que terminaba de su cederle a él.

De nuevo tuvo que interrumpir su marcha. Un grupo, seguramente rezagado de la silenciosa comitiva, iba desapareciendo por la hendidura.

Todavía permaneció al acecho durante unos minutos y cuando tuvo la certeza de que por allí no se veía ser viviente, decidió penetrar.

Ya no tuvo que auxiliarse de las gafas de visibilidad nocturna, puesto que una tenue luz fosforescente iba aumentando en intensidad a medida que profundizaba en el lugar.

También pudo darse cuenta de que la temperatura se hacía más tolerable.

Llegó un momento en que el pasillo de entrada se ensanchaba, para terminar en una gran sala circundada por varias puertas.

Oculto en una oquedad de la irregular pared, permaneció a la expectativa por si veía aparecer alguien o descubría cualquier indicio de vigilancia.

El problema se le presentaba por qué puerta decidirse, aunque no lo pensó mucho y optó por la que le caía más próxima a él.

Sigiloso la fue abriendo y en cuanto la abertura se lo permitió,

oteó su interior.

Estaba vacía, salvo que allí habían muchas prendasde abrigo, iguales a las que llevaban los de la comitiva.

Desde aquella estancia, convertida en guardarropa, partía un pasillo.

Sin dudarlo un momento, avanzó hacia el interior. A poco de andar, este pasillo se dividía en tres más.

Se inclinó por el de la izquierda. A buen trecho de caminar se encontró con otras tres divisiones, eligiendo el que le venía al frente.

Aunque aquello constituía un verdadero laberinto, el comandante poseía un excelente sentido de orientación y consideró que el haber escogido en un principio el pasillo de su derecha, en esa dirección no le podía conducir más que al precipicio de aquella montaña.

Nuevamente surgieron ante él otras tres divisiones.

Primero se fue por el de la izquierda, pero al notar que la temperatura iba bajando, dedujo que aquel camino conduciría al exterior, por lo que decidió retroceder.

Antes de llegar a la divisoria de pasillos, su fino oído percibió ruido de pasos y se ocultó en un entrante del angosto pasadizo.

Vio aparecer cuatro figuras humanas que emergieron del pasillo central, para luego torcer a su izquierda.

Dejó que se alejaran un poco para luego seguirles los pasos, comprobando que en aquel pasillo, a diferencia de los demás, contaba con la presencia de unos escalones.

Descendió por los mismos y nada más llegar al tercero, notó que el suelo vacilaba a sus pies.

Se quiso asir con todas sus fuerzas para evitar la caída, pero las manos le resbalaron y se notó precipitado al vacío, para terminar su caída en una superficie mullida, en la que rebotó varias veces hasta quedar quieto, sentado.

Levantó la cabeza y nada pudo ver, la más absoluta oscuridad imperaba allí.

Se reprochó a sí mismo el no haber previsto aquella eventualidad,

ya que la ausencia de vigilancia daba a entender bien a las claras que contarían con algunos medios que les proporcionase cierta seguridad.

Consideró que ya era demasiado tarde para lamentarse.

Vacilante se puso de pie, guardando a duras penas el equilibrio sobre aquella mullida superficie.

Dio la vuelta en redondo, descubriendo una tenue luz a lo lejos, hacia la que intentó dirigirse.

Antes de dar un solo paso, se acopló las gafas de visibilidad nocturna individual y gracias a ellas evitó sufrir un percance de consecuencias irreparables.

Nada más salir de aquel recinto mullido, se abría una profunda zanja cuyo fondo no pudo distinguir.

De un salto felino logró pasar a la otra parte y nada más hacerlo, se iluminó el recinto que había abandonado momentos antes.

Logró ocultarse en una de las irregularidades del muro y desde esa posición pudo distinguir a tres hombres que se quedaban parados al comprobar que la estancia estaba completamente vacía.

Intercambiaron entre ellos unas palabras y uno señaló la fatídica zanja.

Los demás asintieron y sin inmutarse, se retiraron por donde habían aparecido.

De nuevo la estancia volvió a la oscuridad, aunque en esta ocasión no era completa; se filtraba una tenue luz.

Un hálito de esperanza se suscitó en el comandante y decidió averiguar de dónde procedía aquella fuente de luz.

Se caló los lentes de visibilidad nocturna y se dispuso a efectuar el salto a la inversa.

Tomó impulso, brincó y al llegar a la otra parte el pie derecho le resbaló en el mismo borde por ceder el suelo en que lo posó.

Se notó precipitado al vacío y con gran rapidez de reflejos, se asió en el mismo borde con las manos, quedando, de este modo, suspendido en el abismo.

Notó que el punto de apoyo no presentaba una plena garantía de seguridad.

Tanteó con los pies para tratar de hallar una ayuda en cualquier protuberancia o hendidura.

Lo consiguió y flexionando las piernas fue elevándose lentamente, hasta que pudo apoyar los codos.

De haber efectuado un impulso brusco, a buen seguro que el terreno donde tuvo apoyadas las manos en principio, hubiera cedido.

Luego levantó una pierna y entonces ya pudo salir de aquella situación tan comprometida.

Se sentó en el suelo para recuperar fuerzas y serenarse de la tensión pasada.

No se concedió mucho tiempo. Inmediatamente se levantó para encaminarse hacia donde se filtraba la tenue luz que tanto le llamó la atención.

Aquellos visitantes, fuera por descuido o por no funcionar el sistema de cierre, el caso fue que la puerta estaba abierta. No tuvo más que empujarla y ésta cedió.

Ante él apareció otro nuevo pasillo, por el que se adentró decidido.

A poco de andar percibió voces lejanas y al torcer un recodo, de poco se da de lleno con dos figuras humanas.

Tuvo que retroceder súbitamente para evitar el ser descubierto, pero al hacerlo notó que era sujetado férreamente por los brazos.

Impulsado en parte por la sorpresa y el instinto de defensa, se revolvió con rapidez, librándose de las garras que le sujetaban.

Se encontró frente a frente con dos hombres que pretendían apresarle de nuevo.

El comandante golpeó el rostro del que tenía a su derecha, para, acto seguido, repetir la acción con el que estaba situado a su izquierda.

Ambos se tambalearon un poco ante la sorpresa y el impacto recibido, ocasión que aprovechó Dick para dar media vuelta y echar a

correr.

Pero un tercer hombre había aparecido de no sabía dónde y para que no se escapara, de un salto le trabó las piernas y ambos rodaron por el suelo.

Entablaron una lucha cuerpo a cuerpo. Aquel hombre tenía mucha fuerza, pero el comandante era más hábil en propinar los golpes.

Le tenía ya medio sin sentido y predispuesto a emprender su evasión, cuando los dos primeros a los que atacó, se le abalanzaron.

Una sorda y desigual lucha se entabló entre ellos, en la que el comandante no era el más perjudicado precisamente.

Luego de probar la contundencia de sus golpes, aquellos atacantes parecían tenerle algo de respeto.

Pero Dick Hart no tenía escapatoria posible. Estaba completamente rodeado.

Por fin la superioridad numérica se impuso y el comandante fue reducido a la impotencia.

No obstante, él seguía forcejeando y así estaba cuando una cuarta persona hizo acto de presencia.

Dick quedó gratamente sorprendido.

Ante él tenía a una joven de rostro bellísimo, esbelta, de cabellos rubios y ataviada con falda larga y una capa granate con la que cubría su cuerpo.

Con un lenguaje desconocido, pero que él asoció al que escuchara cuando fueron en auxilio de la demanda de socorro, se dirigió a los hombres que le sujetaban.

Estos le soltaron y la joven, con una encantadora sonrisa, afirmó más bien que preguntó:

—Tú eres el comandante de la nave terrestre. ¿Me equivoco?

Dick contestó arrogante:

—Estás en lo cierto.

—Lo imaginaba. El jefe va en pos de sus huestes,

—Exacto. ¿Están aquí?

—Poco a poco, te precipitas demasiado. No puedo decirte que sí y tampoco que no.

—No entiendo ese enigma.

—Más tarde lo comprenderás. Sígueme.

Comenzó a andar tras ella admirando su porte y cómo realzaba su cabellera rubia que caía como una cascada de oro sobre sus hombros y espalda.

Los tres hombres, momentáneamente, quedaron quietos atrás para luego comenzar a andar manteniendo una distancia prudencial, que lo mismo podía ser interpretada como de respeto hacia la mujer que como una convenida misión de vigilancia hacia el comandante.

Dick apresuró un poco el paso y se colocó a su altura. Deseaba verla bien.

Le fascinó aquel rostro y en más de una ocasión, la joven le sorprendió con la mirada fija en ella.

La muchacha se estaba poniendo nerviosa ante la insistencia de su espontáneo acompañante y prueba de ello fue que sus pasos se aligeraron.

A consecuencia de adquirir mayor velocidad en el andar, la capa se abrió más y flotaba en el aire, dejando al descubierto una túnica transparente a través de la cual se podían apreciar sus formas, perfectamente acordes con su rostro y tan sólo cubiertas por un indispensable dos piezas.

Ascendieron por una amplia escalinata y al llegar al penúltimo peldaño, una puerta se abrió silenciosa.

Atravesaron el muro, desembocando en una sala circular.

La joven no resultaba muy locuaz. Todo el trayecto se efectuó en silencio y a lo sumo se permitió sonreírle de vez en cuando.

Sonrisas que, interiormente, Dick le agradeció, puesto que todavía estaba más bella, si esto era posible…

El comandante notaba que, cada vez que esto ocurría, el pulso se le aceleraba y no era precisamente a consecuencia de los ligeros pasos a que estaba sometido para seguir a la altura de la muchacha.

En una ocasión su mano rozó con el brazo de su anfitriona y la delicadeza de su piel, le produjo un escalofrío y un cúmulo de añoradas sensaciones.

La muchacha, sin dejar el ritmo de sus pasos, se encaminó hacia la derecha de la gran sala circular y antes de llegar al muro, se practicó una abertura en el mismo por la que penetraron.

De nuevo un pasillo, posteriormente unas escaleras, por las que ascendieron y al final dos hombres armados, que salieron inesperadamente y se apoderaron de él

La bella rubia pronunció unas palabras en su lenguaje y los guardianes se llevaron al comandante.

CAPITULO IX

El comandante Dick Hart quedó altamente decepcionado.

Le condujeron a lo que él dedujo que se trataba de una cámara de seguridad.

Por gestos le conminaron a que entregara sus armas y aunque él lo entendió perfectamente, se hizo el inocente de no comprenderlo.

Los guardianes hablaban entre ellos y también se dirigían al prisionero.

Inesperadamente uno de ellos, seguramente agotada su paciencia, cogió el brazo de Dick y se lo torció a su espalda con fuerza.

La acción del aprehendido fue inmediata.

Le golpeó el pie de quien había puesto las manos sobre él. Ante el dolor le soltó el brazo, momento en que el comandante se revolvió y le aplicó un golpe con el canto de su mano.

El efecto fue contundente, aquel guardián impetuoso rodó por el suelo.

El compañero del caído se lanzó contra Dick, quien no tuvo más que encorvarse un poco, voltearlo sobre sus espaldas y lanzarlo por los aires.

Ambos guardianes quedaron aturdidos, pero se recuperaron pronto y uno de ellos, con un arma en la mano, estaba apuntando a Dick.

Una voz femenina se dejó oír en el lenguaje de aquella gente y los guardianes se pusieron de pie en el mismo sitio donde habían caído y sin dejar de apuntarle.

El comandante se volvió y se encontró con la presencia de la muchacha rubia.

Pudo apreciar en ella una mirada admirativa y su fisonomía, llena de dureza, varió totalmente cuando se dirigió directamente a él.

—Perdónales, comandante. Se han excedido un poco en su celo de servir a la causa.

Se dio cuenta Dick que la joven había cambiado de atavío.

Ahora llevaba pantalones ceñidos, al igual que el corpiño, y los brazos desnudos, muy bien torneados por cierto.

Le llamó la atención también la gruesa sortija que lucía en su mano izquierda, concretamente en el dedo corazón.

El contestó:

—No tiene importancia.

—Eres muy fogoso, comandante, y esto puede resultar peligroso.

—Lo siento, pero no puedo tolerar que se me ponga la mano encima sin una previa explicación.

—En este caso existe una explicación. Te han solicitado que les entregaras el arma que puedas llevar.

—Es una petición que no puedo acceder al primero que me la formule.

—Sin embargo, yo te ruego que lo hagas. Te será devuelta más tarde.

Consideró que las palabras de la joven estaban presididas por la sinceridad y dedujo, por otra parte, que de oponerse a ello no lograría averiguar el paradero de sus hombres y lo que pudieran querer de ellos.

Presionó un resorte en el cinto que ceñía su cintura y en su mano derecha apareció el arma que llevaba oculta, manipulando en ella.

Extrajo un pequeño cilindro que se guardó y luego fue a dársela a la joven.

Esta la rechazó, diciéndole:

—A mí no, a ellos que son los encargados de la seguridad.

—Está bien. Como dispongas.

Se volvió comprobando que ya no le apuntaban ycomo uno de ellos se adelantó para hacerse cargo de su arma.

Luego, la bonita joven, con una de sus encantadoras sonrisas, le invitó:

—Puedes venir conmigo. Serás recibido por mi progenitor y su Consejo.

No se hizo repetir la invitación y se fue con ella.

* * *

Por lo que pudo apreciar el comandante, aquella guarida se trataba de una fortaleza tallada en la propia roca.

Trató de que la joven le aclarara algo sobre el paradero del capitán y su patrulla.

—A su debido tiempo lo sabrás e incluso puede quete lleves una sorpresa.

En una sala, muy bien acondicionada, se hallaba reunido el Consejo.

La muchacha, nada más entrar, anunció:

—El comandante terrícola Dick Hart.

A Dick ya no le extrañó que incluso supieran sunombre y apellido.

Respetuosamente los allí reunidos se levantaron y el que les presidía se adelantó para decirle:

—Seas bienvenido a nuestra ciudadela. Mi hija Tehila nos ha notificado tu presencia.

Hizo una ligera reverencia a modo de saludo, a la que correspondió Dick.

—Toma asiento, por favor.

Le agradó la forma de comportarse de aquellos personajes y no se sentó hasta que lo hicieron el padre de la joven llamada Tehila, los consejeros y ella misma.

—Rogamos, en primer lugar, perdones las molestias que hayamos podido ocasionarte, y en segundo lugar, que atiendas nuestra petición.

El comandante no hizo ningún comentario, por lo que el presidente, padre de Tehila, prosiguió:

—Nuestro pueblo está llamado al exterminio si no nos doblegamos a los manejos de unos ambiciosos que no reparan en medios para conseguir sus fines.

Uno de los consejeros añadió:

—La población infantil se extingue; gran número de conciudadanos secundan a los ambiciosos para defender la vida de los suyos; las jóvenes son fácil presa de los corruptores...

Otro de los allí reunidos, enumeró nueva serie de calamidades.

El comandante escuchaba con toda atención, sin saber todavía adonde irían a parar con aquel lastimero preámbulo.

Todavía tuvo que escuchar pacientemente a otro, hasta que intervino de nuevo el presidente.

—Estamos enterados de tu acción contra los asaltantes de la astronave-tanque y su escolta.

Dick quedó sorprendido y preguntó:

—Si estáis enterados de esto, también sabréis que luego fuimos atacados, ¿o no?

—En efecto, lo sabemos.

—¿A qué planeta pertenecen esas naves?

—Al nuestro, a Thilión.

—¿Con qué finalidad lo hicieron?

—Es fácil deducirlo, comandante. Los asaltantes se comunicaron con los disidentes y éstos, sorprendiendo la buena fe de nuestros astronautas, tergiversaron los hechos, silenciando que tú sólo habías desbaratado sus planes y señalando a tu nave como la causante de la destrucción del suministro y su escolta.

—Comprendo. Y si no es indiscreción, ¿puedo saber lo que transportaba la gran nave?

—Naturalmente que puedes saberlo. Agua.

—¿Agua...?

Preguntó más que asombrado, sin poder dar crédito a lo que había escuchado.

—Te asombra, ¿verdad? —inquirió a su vez el presidente.

—Claro, y tanto.

—Te explicaré. Nuestro planeta Thilión cuenta con muchas eras de existencia. Todas sus reservas de agua se han ido agotando. Los procedimientos artificialespara la obtención del preciado líquido, en un principio tuvieron éxito, pero resulta insuficiente.

—¿Y no contáis con lagos, ríos o mares?

—Hay ciclos en nuestro planeta en que la temperatura diurna es

muy elevada y por lo tanto la evaporación es muy aguda. Han ido secándose los lagos y los ríos… En cuanto a mares, se han montado plantas potabilizadoras y más tarde o más temprano, han sido destruidas.

—¿Y la provocación de lluvia artificial?

—Cuantas veces se ha intentado, otras tantas se han visto frustradas nuestras esperanzas.

—¿Por qué razón?

—Por causa de los disidentes. Se trata de una poderosa organización que se ha filtrado en todos los estamentos. Destruye y desbarata cuantos intentos se han llevado a cabo para paliar esta escasez y ejercen un control masivo haciendo pagar el preciado líquido a como ellos quieren.

—¿Es que no hay quien les destruya?

—Cuantas acciones se han emprendido contra ellos, las represalias a nuestro pueblo han sido tremendas y no queremos que haya más víctimas.

El comandante, tras mirar a la fascinante Tehila, que al ser sorprendida bajó la cabeza, preguntó abiertamente al Consejo:

—¿Qué papel me asignáis en todo esto?

—Que destruyas a los enemigos de nuestro pueblo.

Dick esbozó una sonrisa antes de contestar:

—Suponía vuestra petición. Pero ¿qué puedo hacer yo solo con mis hombres, cuando vosotros no habéis logrado desarticularlos?

—Cuentas con dos medios muy eficaces; tu audacia y tu vehículo espacial.

—De poco me puede valer la audacia de mis hombres y la mía propia, teniendo el vehículo transformado en un colador —se excusó el comandante.

—Sabemos que lo estás reparando y que tus armas son de una eficacia desconocida para nosotros.

Dick consideró llegado el momento de poner lascartas boca arriba

y aclarar el objetivo principal que le había llevado allí y preguntó:

—Si me niego a ello, ¿qué sucederá?

Tehila le miró decepcionada.

En la cara de los consejeros allí presentes, se plasmaron opuestas sensaciones.

Únicamente el presidente mantuvo la serenidad, contestándole:

—Por ejemplo…, podría decirte que tu capitán y los hombres que le acompañan serían retenidos, así como el resto de la tripulación e incluso a ti mismo…

Hizo una pequeña pausa el presidente y antes de dar lugar a que el comandante replicase, continuó:

—Pero no, no temas que nada de esto sucederá. Eres libre de aceptar o rechazar lo que te hemos propuesto.

Por las palabras que escuchó, supo con certeza que TellyFraser y su patrulla estaban con ellos.

Ante las sensatas manifestaciones del presidente, Dick Hart expuso:

—Tengo por costumbre, antes de tomar una decisión, consultar a mis hombres.

—Sabio sistema. En ocasiones, al decidir un acto por sí mismo, se suele incurrir en errores irreparables. Escuchando a los demás, es más improbable que el error se produzca. Podrás conferenciar con ellos cuando quieras.

—Gracias. Antes de efectuar esa entrevista, desearía me aclararan ciertos puntos.

—Cuanto desees saber, mi hija Tehila te podrá informar ampliamente. Nosotros, si nos lo permites, proseguiremos tratando asuntos referentes a nuestro mundo.

El comandante, levantándose, manifestó:

—No faltaría más.

El presidente y el Consejo en pleno también se levantaron,

correspondiendo a la inclinación de despedida del comandante terrícola.

Tehila abandonó su asiento y aproximándose a Dick, le manifestó:

—Cuando gustes.

Salieron de la sala del Consejo por una puerta distinta a la que penetraron, para luego llegar a una estancia reducida pero muy acogedora, donde resaltaba a simple vista que una mano de mujer había intervenido en su arreglo.

—Puedes acomodarte donde gustes.

—Gracias.

Lo hizo en una especie de sofá, mientras contemplaba a la muchacha cómo vertía algo en sendos recipientes, para luego volverse y sentarse a su lado con uno en cada mano.

Uno de ellos se lo ofreció al comandante, diciendo:

—Por nuestro encuentro.

Y sorbió un poco de su contenido.

Dick, sin dejar de mirarla, hizo otro tanto y aquel brebaje le resultó muy grato al paladar.

—Bien, puedes preguntar cuanto quieras. Como ha dicho mi padre, estoy facultada para proporcionarte amplia información sobre cualquier cuestión.

—Primero que todo. ¿Es ésta vuestra habitual residencia?

—En la actualidad, se puede decir que sí. Aquí se efectúan las reuniones secretas con los defensores de nuestro pueblo.

—Explícate más claro.

—Verás...

La muchacha le fue poniendo al corriente de lo que estaba pasando en el planeta Thilión con profusión de detalles.

Cuando concluyó, la voluntad del comandante ya estaba más que predispuesta en ayudarles a la consecución del bienestar perdido.

—Y ya lo sabes todo, comandante…

—Tehila, me sentiría más cómodo que me llamaras por mi nombre, puesto que tú ya lo sabes.

—De acuerdo, Dick.

—Esto está mejor.

Entre ambos había surgido una simpatía, una arrolladora atracción que el comandante no se atrevía a demostrar por considerarla prematura.

Pero fue al ponerse de pie cuando sus cuerpos tropezaron y Dick no pudo sustraerse a rodearla con los brazos y atraerla hacia él.

Gratamente pudo darse cuenta de que Tehila no oponía la más mínima resistencia y se doblegó a sus caricias, casi podría decirse que complacida.

El comandante notaba plenamente la delicadeza del esbelto cuerpo femenino y besó los jugosos labios que se mantenían tan cerca de los suyos.

El beso fue largo, reiterativo…

Dick pudo descubrir que jamás había besado aquella deliciosa criatura y su descubrimiento fue confirmado posteriormente por la joven.

Con palabras entrecortadas, consecuentes de la emoción que sentía, preguntó con voz queda:

—¿Y esto qué es, Dick…?

—Esto, Tehila, es amor…

Ella pareció querer asimilar el significado de la palabra y luego, muy segura de sí misma, manifestó:

—Pues… me gusta, me gusta mucho…

Y luego, mimosa, diríase que suplicante, le rogó: —Dame más amor, Dick…

CAPITULO X

El sentido de la responsabilidad volvió al comandante, quien con dulzura separó a aquella criatura que había descubierto un nuevo mundo emocional y le propuso:

—Tehila, será mejor que me lleves con mis hombres.

Pareció que la joven quedara un tanto decepcionada, pero se abstuvo de hacer alguna manifestación al respecto.

Sólo dijo sumisa:

—Como quieras, Dick.

Salieron de la estancia y ella, con entera naturalidad, como si ya fueran viejos amigos, se cogió de su brazo y así caminaron todo el rato.

Le fue conduciendo a través de un intrincado pasadizo y por fin desembocaron en una amplia estancia.

En ella descubrió al capitán TellyFraser y a los componentes de su

patrulla instalados confortablemente y con compañía de muchachas thilionesas.

Sobre todo el capitán se hallaba tan atareado en atender a su pareja, que ni siquiera se dio cuenta de la presencia del comandante y lo mismo les estaba ocurriendo al resto de los muchachos.

El comandante, un tanto irónico, exclamó:

—¡Vaya, vaya...! Yo, exponiéndome a romperme la crisma por averiguar vuestro paradero y os encuentro en plenas vacaciones turísticas...

Al oír su voz, todos se levantaron.

La sorpresa había enmudecido sus gargantas.

—Bien, Telly. Por lo que compruebo, pronto te has olvidado de tus lamentos y de los planes frustrados antes de emprender el vuelo...

El capitán reaccionó al recordarle lo de la muchacha con quien tenía proyectado salir y diciendo a su vez con idéntico tono al que utilizara Dick:

—Pues me doy cuenta de que tú no has perdido el tiempo lastimosamente. ¿De dónde has sacado esa preciosa joya?

—Siempre tan aletargado, Telly. Te voy a confesar un secreto..., de la manga.

—A fe mía que eres un excelente prestidigitador. Pero en cuanto a tu presencia, muy inoportuna. Has cortado brutalmente el coloquio fascinante que mantenía con mi circunstancial y grata joven.

—Sí, sí, no es necesario que te esfuerces en convencerme de ello. Lo he podido comprobar a primer golpe de vista de que debía ser muy interesante lo que decías o lo que hacías...

Todos comenzaron a reír, incluso las muchachas les secundaron, aunque no estaban muy convencidas de haber comprendido bien el diálogo mantenido entre el comandante y el capitán.

Luego vinieron las presentaciones.

Tehila manifestó:

—Ya Ies conozco, Dick.

—Con que sí, ¿eh? —inquirió el comandante simulando enfado.

A estas palabras, le replicó el capitán:

—Claro que sí. ¿O acaso te has considerado tú el primer Colón descubridor de los encantos de estas deidades que pueblan el planeta?

—Está bien, está bien… Os concedo la primicia, pero no respecto a Tehila. Ella ha sido mi descubrimiento.

—Eso tú lo sabrás, comandante. No pensamos disputártela. ¿Verdad, muchachos?

La pregunta del capitán fue contestada con un ¡no! rotundo por los componentes de la patrulla.

Se les veía muy complacidos con sus respectivas compañías, aunque Tehila las aventajaba en todos los sentidos, en hermosura y demás.

Las bromas y las risas todavía prosiguieron durante un buen rato.

Dick preguntó a Telly:

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Muy hábilmente nos sorprendieron durante nuestro reconocimiento, y ante el número que nos rodearon, toda resistencia se hacía inútil y nos entregamos, circunstancia que, como podrás comprobar, no da lugar a arrepentimiento.

—Lo mismo hubiera podido salir al revés.

—En ese caso, confiábamos en ti.

—Prosigue.

—Nos llevaron a presencia del Consejo. Nos sorprendió el que estuviesen enterados de nuestras andanzas y presencia en el planeta. Querían hablar contigo, proponiéndoles, por mi parte, que iríamos a por ti.

Hizo una pausa, para continuar:

—Me contestaron que, por razones que no venían al caso, era peligroso que saliéramos del lugar.

Dick, aclaró:

—Era peligroso porque iban a efectuar una reunión secreta y la orden era eliminar a todo ser extraño a sus filas. Yo pasé algunos apuros.

—Lo cierto es que, luego de hablar con el Consejo del que formaba parte tu preciosa compañía, fuimos trasladados aquí siendo atendidos con deferencia.

—Me complace que no hayáis sufrido daño alguno.

Luego el comandante se dirigió a Tehila, para decirle:

—Gracias por el trato dado a mis hombres.

—Después de lo que hicisteis, os consideramos como amigos y más ahora que estás dispuesto a ayudarnos.

—Un momento, Tehila. No he dado mi última palabra. Ante el Consejo he dicho que necesito consultar con mis hombres antes de tomar una decisión y el capitan y su patrulla, no son todos ellos.

—Comprendo tus deseos. Lo que quieres es ver a la tripulación en pleno.

—Exacto.

—Pues en marcha. Tus deseos serán cumplidos.

En la pared un panel se descorrió y apareció un personaje en la pantalla que permaneció oculta momentos antes.

Dick, buen fisonomista, reconoció en él a uno de los componentes del Consejo.

Se dirigió a Tehila en su lengua y cuando la imagen se esfumó de la pantalla, la joven, con una floreciente sonrisa, le indicó:

—Vamos, tus hombres te esperan.

La comitiva se puso en marcha y Theila se volvió a coger del brazo del comandante, como si con ello quisiera dar a entender que era de su absoluta propiedad.

Lo chocante del caso es que las demás muchachas hicieron otro tanto con el capitán y los de su patrulla, siguiendo los pasos

encabezados por el comandante y su joven pareja.

En una plataforma se agrupó la comitiva y Tehila, presionando un dispositivo, una campana transparente les aisló y acto seguido la plataforma comenzó a descender, primero lentamente y luego a mayor velocidad.

Al cabo de unos segundos, se notó un frenado, hasta que se inmovilizó.

La campana se retiró y por unas escaleras descendieron unos peldaños, al final de los cuales habían apostados varios hombres armados.

La joven aclaró:

—Es parte de nuestra guardia. Hemos de tener mucho cuidado ante posibles infiltraciones.

Una puerta les fue franqueada, desembocando en un gran espacio tallado en la misma roca.

Lo más sorprendente del caso para los recién llegados, fue que en el centro del gran espacio abovedado estaba su astronave, su vehículo auxiliar y la tripulación, además de otros hombres ayudando en la reparación que estaban efectuando los suyos.

El teniente Joseph Godley fue el primero en darse cuenta de los visitantes y exclamó:

—¡Mirad, muchachos, quiénes nos vienen por ahí!

Un ¡hurra! retumbó en la inmensa sala y todos rodearon a su jefe y compañeros.

—Dick, ya estábamos perdiendo la esperanza de ver te de nuevo.

Pero el comandante no pudo contenerse de hacer la pregunta al teniente:

—¿Por qué estáis aquí, Joseph?

—¿Y yo qué sé?... A poco de irte tú, ignoro de dónde, aparecieron varios hombres y un remolque. Por señas nos dieron a entender que subiéramos a la nave, que no pasaría nada. Así lo hicimos; la montaña se abrió y aquí nos tienes.

Dick se volvió hacia Tehila, muy indignado, y le recriminó:

—Luego vuestra amabilidad ha sido todo una falsedad, ¿no es eso? Os habéis burlado de mí haciéndome proposiciones, cuando ya habíais dispuesto libremente de nosotros y materialmente somos vuestros prisioneros. ¿No es eso?

Tehila le aclaró:

—No es eso... Bien es verdad que hemos dispuesto libremente, pero ten presente, Dick, que vuestra seguridad es la nuestra...

—Yo más bien diría la consecución de vuestros fines —le interrumpió el comandante.

La joven, con gran serenidad, repuso:

—Te ruego que me excuses y luego sacas tus propias conclusiones.

Dick se dijo que se había dejado llevar por la indignación al considerar que la conferencia mantenida con el Consejo fue una pura comedia y que la realidad era que estaban todos atrapados.

Miró a Tehila y en ella vio dulzura y consternación a la vez.

Desterró de sí su tono de reproche, diciendo:

—Perdona. Te escucho.

—Por mediación de nuestros contactos hemos tenido noticias de que los enemigos se han enterado de vuestra existencia en el planeta y van a organizar una batida en gran escala con la orden de vuestra destrucción total.

»Es más, entre la comitiva que tú viste se descubrieron a tres traidores. Dos de ellos han sido atrapados, pero el tercero logró huir.

»Ante tal peligro, decidió el Consejo albergar vuestra nave y tu tripulación en nuestro refugio secreto.

»Está muy lejos de nuestro ánimo ejercer una presión sobre tus decisiones. Eres libre de actuar como te plazca.

Una vez hubo concluido en sus explicaciones, dio media vuelta y muy altiva se fue, seguida de las demás muchachas que fueron hasta allí.

El capitán estuvo a punto de protestar por la ausencia de las féminas, pero no dejó de reconocer que al comandante le asistía toda la razón.

Dick Hart esbozó una sonrisa e interiormente se dijo que, además de bonita, sabía mantener su dignidad.

La llamó:

—¡Tehila! Ven aquí, por favor.

La muchacha se detuvo, pero no se movió del sitio hasta que el comandante fue a por ella y la cogió del brazo, diciéndole:

—Me he portado así porque tenía que asegurarme de vuestro sincero proceder. Creo que me asiste el derecho de velar por mis hombres. De haber algo turbio en vosotros, tu reacción hubiera sido muy distinta.

—¿Como cuál?

—Por ejemplo, haciendo prevalecer la ventaja de tenernos en vuestro poder.

—¿Sabes que eres muy astuto, comandante?

—La responsabilidad me obliga a ello, hija del presidente.

—¿A qué viene llamarme así?

—A lo mismo que tú te has referido a mi grado.

Ambos rieron y la tensión se esfumó.

Tanto Tehila como las muchachas volvieron a reunirse con la tripulación de la nave terrestre, con el beneplácito del capitán y su patrulla.

El teniente Joseph Godley protestó:

—¡Eh, Dick! ¿Es que los demás no tenemos derecho a compañía femenina?

—¡Muy bien dicho, teniente! —exclamaron varios miembros de la tripulación.

Fue la propia Tehila quien contestó:

—Nosotras sabemos corresponder con los que se muestran amigos y predispuestos a salvar a nuestro pueblo. Vendrán más muchachas para haceros compañía.

—¡Hurra!...

Fue el grito unánime del resto de la tripulación.

La voz del comandante se impuso a la algarabía que se había originado:

—¡Un momento de silencio!

Cuando todos callaron, expuso:

—Antes que nada hay que terminar con la reparación de la nave y posteriormente consultaros algo de suma trascendencia para todos nosotros.

El teniente Joseph Goldey informó:

—Comandante, la astronave está prácticamente reparada, gracias al apoyo que nos han prestado estos hombres en máquinas y mano de obra.

—En tal caso, luego de que efectuemos la prueba definitiva y si resulta satisfactoria, podréis contar con unas horas de asueto.

CAPITULO XI

La reunión con sus hombres se efectuó, durante la cual el comandante les expuso la situación por la que estaban atravesando los habitantes de aquel planeta y lo que esperaban de ellos.

Todos quedaron de acuerdo en apoyar la decisión de su jefe y Dick Hart hizo saber al Consejo que les ayudarían en la consecución de sus fines.

El comandante solicitó que nombraran una comisión para que le asesorara y aclarara cualquier duda que pudiera surgir.

Deliberaron el plan a seguir, aportando cada uno de los reunidos sus informes u opiniones.

Entre ellos se encontraba el teniente artillero Alexander Sim, ya completamente restablecido del accidente que le tuvo tanto tiempo inutilizado.

Ello fue debido al celo del capitán médico Harold Stone, a quien los thilioneses le autorizaron a hacer uso de un completísimo laboratorio para proseguir en sus investigaciones sobre lo que tanto le atormentaba, su descubrimiento.

Como era de esperar, el doctor se encontraba a sus anchas dedicado a su trabajo y no participó en las reuniones efectuadas.

La alarma sonó en el refugio secreto y el comandante, junto con sus oficiales y jefes leales al padre de Tehila, se trasladaron al departamento vigía.

Estaba equipado este departamento con profusión de aparatos, con todos los medios necesarios para mantener un estricto control del espacio.

En las pantallas aparecieron varias naves que por susevoluciones quedaba bien claro que buscaban algo por la superficie del planeta.

Tehila, que estaba al lado del comandante, le dijo:

—Comprobarás que de haber estado tu astronave al descubierto, os hubieran localizado en seguida.

—En efecto, tienes razón. Pero aun así nos pueden detectar.

A estas palabras contestó uno de los jefes thilioneses:

—Imposible. Cualquier detección procedente del exterior choca con un muro de microondas aislantes.

—En ese caso, podemos estar tranquilos.

Nada más terminar de decir esto el comandante, retumbó una explosión seguida de otras más.

Dick miró al jefe thilionés, que estaba pálido como la cera.

Uno de los allí reunidos manifestó:

—Que las defensas repelan la agresión.

Dick intervino:

—Un momento... Según habéis manifestado, desconocen el lugar secreto.

—Claro, por lo menos eso hemos creído hasta ahora.

—En tal caso, si os defendéis del ataque, no haréis más que confirmar su sospecha.

—¿Y qué vamos a hacer mientras?

—Aguantar, permanecer inactivos hasta que se hayan desengañado.

—Creo muy acertadas las palabras del comandante.

Se volvieron y vieron al padre de Tehila detrás de ellos.

Otras explosiones se produjeron, tras las cuales las naves abandonaron aquella zona.

Cuando el peligro se hubo alejado, el comandante Dick Hart se dio cuenta de dos ausencias, la del teniente artillero Alexander Sim y la de aquel jefe que era partidario de contestar al ataque.

Dick, jovialmente, cogió del brazo a la muchacha y le manifestó:

—Vamos, Tehila, y me enseñarás eso que me has dicho anteriormente.

La joven quedó extrañada, y ya iba a respondercuando Dick le presionó varias veces el brazo, comprendiendo ella que quería hablarle a solas.

Tan sólo dijo:

—Sí, vamos.

Antes de abandonar la estancia, se dirigió al capitán TellyFraser y al teniente Joseph Godley:

—Vosotros ir a «verificar» los mecanismos de la nave.

Entre ellos sabían que la palabra «verificar» significaba estado de emergencia y, por lo tanto, extremar la vigilancia y preparados a cualquier eventualidad.

Ambos contestaron:

—A la orden.

Y acto seguido, también abandonaron el departamento de vigía.

* * *

Dick se llevó a Tehila al alojamiento particular de ésta, y cuando quedaron aislados, la joven inquirió:

—¿Qué es lo que tienes que preguntarme, Dick?

—Además de bonita, eres inteligente. En efecto, quiero hacerte unas preguntas.

—Empieza.

—¿Contáis con vehículos espaciales?

—Sí, cada consejero y jefe tiene el suyo, aparte de los destinados a otros servicios.

—Así, concretamente, el que dijo hicieran frente a la agresión posee el suyo, ¿no?

—En efecto.

—Rápido, llévame adonde los tenéis aparcados.

La joven, ante las apremiantes palabras de Dick, se puso en movimiento y en unos segundos descendieron por medio de una plataforma a un amplio hangar.

—¿Cuál es el del jefe en cuestión?

—Aquel que sobresale de la fila.

Dick se fue directo al que le había señalado Tehila y ambos subieron a bordo.

El comandante observó el sistema de comunicaciones y al momento se puso a manipular en el mismo.

La joven le veía hacer en silencio, sin preguntar lo que se proponía.

Cuando concluyó, el comandante inquirió:

—¿También tienes tu vehículo particular?

—Sí.

—Ocultémonos en él.

Efectuó también unas modificaciones en el sistema de comunicaciones y por fin manifestó:

—¿No me preguntas a qué viene todo esto?

—Considero que cuando lo has hecho, tus razones tendrás.

—En efecto. O mucho me equivoco o no tardará en aparecer el jefe ese y emprender el vuelo.

—¿Por qué razón?

—Sospecho que traiciona vuestra causa y ví algo raro en él cuando me opuse a que efectuaran disparos contra los atacantes.

—No puede ser, Dick, Es uno de los más adictos. ¿En qué te basas?

—En lo que te he dicho antes y en que desapareció de la reunión inesperadamente.

—Si a eso vamos, también se ausentó tu teniente.

—En efecto, pero ten presente que el teniente Alex ha sufrido una rara enfermedad y podía sentirse indispuesto. De todos modos, pienso indagar por qué se fue.

—Si tienes la seguridad de que es un traidor, lo mejor será detenerle antes de que se vaya.

—En esta ocasión te ha fallado la inteligencia, querida.

—Sería lo más práctico y eficaz.

—No comparto tu teoría. De confirmarse mis sopechas, él mismo nos conducirá a la guarida que tienen.

—¿Y cómo lo averiguarás?

—Por ti misma.

Tehila abrió mucho los ojos e inquirió extrañada:

—¿Por mí…?

—Sí, por ti. Verás… He dispuesto el sistema de comunicaciones de forma que vaya emitiendo unas señales continuas localizables a larga distancia. Además, las conversaciones que pueda mantener tendrán unaderivación que tú captarás a la perfección y retransmitirás por la frecuencia que te he fijado en este mando, frecuencia que a su vez captaremos en nuestra astronave.

—Comprendo, mi misión es la de enlace y traducción.

—Perfecto, has dicho las palabras adecuadas.

—En el caso que suceda como dices, ¿cuándo he de partir en su

seguimiento?

—Cuando consideres que tu presencia no será notada. Durante el vuelo recibirás instrucciones. Ten mucho cuidado; sentiría de corazón que te sucediera algo. Si no te encuentras con fuerzas, lo haré yo mismo.

—De ninguna de las maneras. Precisamos tu nave para la destrucción total de las de ellos.

—Por eso te he propuesto este papel de suma responsabilidad. Necesitamos asegurar nuestros movimientos para asestar el golpe final y contigo tengo plena confianza, querida.

Tehila, efectuando un guiño picaresco, manifestó:

—Y si me das un poco de amor, me sentiré más fortalecida.

—¡No faltaba más!... Me siento muy dichoso de ello.

Y sus labios se unieron en un prolongado beso.

Al poco rato, o al menos así se lo pareció a ellos, vieron a aquel jefe llevando en una mano lo que parecía su equipaje y ascender al vehículo en el que manipuló el comandante.

Tehila y Dick se dirigieron una mirada, como si la primera le diera la razón a lo que él había apuntado.

Aquel individuo puso el vehículo en marcha y se dirigió hacia la rampa de salida.

A los que estaban allí de guardia no les llamó la atención este hecho, puesto que era normal el que entraran o salieran los jefes sin dar una explicación.

Sólo levantar el vuelo, en el tablero de mandosdel vehículo de Tehila se encendió un intermitente y Dick le explicó:

—Cuando la señal se haga débil, puedes emprender el vuelo. A la distancia que se hallará, no podrá darse cuenta de tu presencia. Si notas que la señal se hace más débil, desvíate a la derecha o a la izquierda hasta que la captes de nuevo.

—De acuerdo.

A los pocos segundos, la señal se fue debilitando y Dick, dándole

un fugaz beso, le dijo:

—¡Ahora!

Acto seguido, se apeó del vehículo y Tehila partió rauda para cumplir el cometido que le había asignado el comandante.

Este no perdió el tiempo. Fue a reunirse con el capitán y el resto de la tripulación, que se hallaba acuartelada en la astronave.

El capitán Fraser le manifestó:

—Sin novedad, comandante —y acto seguido, inquirió—: ¿Se puede saber lo que ocurre?

—Por el momento son meras sospechas que ya han tenido un principio de confirmación.

Y les explicó lo del jefe, que se había ido de una forma rápida.

—Tú, Joseph, permanece a la escucha con nuestra frecuencia y tenme al corriente de cualquier mensaje dado por Tehila.

—A la orden.

Nadie de los allí reunidos se pudo apercibir que una sombra se escurrió por el pasillo, y cuando el teniente Joseph Godley dobló una esquina del mismo, recibió un golpe en la cabeza que le dejó sin sentido.

Luego fue arrastrado a una cabina y allí quedó oculto.

La persona que le arrastró, completamente vestida con un mono negro muy ceñido al cuerpo y con careta, salió de nuevo y se encaminó al departamento de comunicaciones.

Sus pasos eran felinos, silenciosos, y el muchacho que estaba de servicio no se apercibió del individuo que se le acercaba por la espalda.

Un golpe en la cabeza le dejó fuera de combate y el misterioso personaje manipuló en los mandos y transmitió un mensaje con un lenguaje desconocido.

De la misma manera que entró, desapareció del lugar.

Mientras, Dick Hart se propuso aclarar el porqué de la ausencia

del teniente Alexander Sim y le llamó por las comunicaciones interiores.

Nadie contestó a su demanda, por lo que decidió ir en busca del teniente.

Para llegar al aposento de Alex, forzosamente tenía que pasar frente al departamento de comunicaciones, llamándole la atención el que la puerta estuviera entornada, cuando normalmente estaba cerrada o abierta.

Iba a pasar de largo, pero pensó preguntar a Joseph si ya había recibido noticias de Tehila.

Se quedó petrificado al contemplar lo que apareció ante sus ojos.

El muchacho de servicio yacía sobre el tablero, inconsciente, y el cuadro de comunicaciones, parcialmente destruido.

Inmediatamente pulsó la señal de alarma y en toda la astronave se encendieron destellantes luces con un número en el fondo indicativo del lugar donde tenían que acudir.

El primero en hacer acto de presencia fue el capitán TellyFraser, que vio a Dick atendiendo al muchacho desvanecido.

Luego reparó en los destrozos del panel de comunicaciones.

—¿Qué ha pasado, Dick?

—Lo ignoro. ¿Dónde está Joseph?

—No lo sé. Creí que estaba aquí.

—Eso suponía. Que le busquen y me lo traigan y a Alex también. Sacad a Harold de su maldito laboratorio y que venga.

Él capitán transmitió las órdenes a los muchachos francos de servicio que habían acudido a la llamada de alarma.

Lo sucedido corrió como reguero de pólvora y en la nave terrícola imperaba gran nerviosismo.

CAPITULO XII

Tan pronto volvió en sí, el comandante inquirió:

—Michael, ¿quién te ha atacado?

—Lo ignoro, señor. No me apercibí de su presencia.

—¿Estaba contigo el teniente Godley?

—No, señor.

En estos momentos aparecieron el capitán médico Harold Stone y el teniente Joseph Godley.

El segundo todavía iba medio aturdido y el capitán médico aclaró:

—Nada de importancia, gracias a su cabezota dura. Un buen golpe, sí señor... ¿Y para esto has interrumpido mi trabajo?

Dick Hart no escuchó las últimas palabras del malhumorado doctor, preguntando impaciente:

—¿Quién te ha atacado, Joseph?

—Eso quisiera saber y devolverle el obsequio.

Mientras, el comandante y el capitán Fraser no permanecieron inactivos. Estaban procediendo a la sustitución de la parte del panel destruido por otra sección nueva, que, en previsión, llevaban de recambio.

Uno de los muchachos se dirigió a Dick, notificándole:

—Señor, el teniente Alexander Sim está en su alojamiento.

—He dicho que viniera.

—No puede, señor. Está inconsciente.

—¿También le han asaltado?

—Lo ignoro, señor. Sólo sé que está en su litera.

El comandante decidió:

—Telly, continúa con el montaje y que te ayude Joseph, si se encuentra en condiciones. Es preciso concluir cuanto antes, y avisadme sólo si se sabe algo de Tehila.

Y luego, cogiendo al doctor por un brazo, le empujó hacia la

salida.

—Vamos a ver a Alex.

En efecto, el muchacho estaba en lo cierto. El teniente yacía inconsciente en su lecho.

El doctor procedió a su reconocimiento, al cabo del cual, manifestó:

—No me lo explico... No tiene golpe alguno. Estaba perfectamente, había salido por completo de su rara enfermedad y ahora, otra vez igual...

—Lo siento por él y por mí. Quería hacerle unas preguntas. Te dejo con Alex —manifestó el comandante tras haber quedado unos momentos pensativo.

Dick necesitaba estar solo para reflexionar sobre los últimos acontecimientos.

Le invadía un gran descontento y un sexto sentido le presagiaba que un grave peligro se cernía sobre ellos, pero... no sabía el qué.

Ante su mesa de trabajo, no hacía más que darle vueltas al asunto y su mente trabajaba afanosamente, y por décima vez se repitió, en voz alta:

—Primero, la huida del jefe; segundo, mandar a Te hila que ahora me arrepiento de mi impulso; tercero, la ausencia de Alex, aunque por lo visto se sintió enfermo; cuarto, el ataque a Joseph y al muchacho; quinto, la destrucción parcial de la emisora, y todo ello por uno que no sabemos quién...

A los pocos segundos, casi dio un salto en su asiento y se reprochó:

—¡Claro, imbécil de mí!...

Se puso en comunicación con el capitán TellyFraser:

—Telly, si no has terminado, deja que lo haga Joseph. Ten dispuesta la nave para despegar en seguida, abandonando esta ratonera. Ahora vuelvo.

—Dick, falta muy poco...

—Capitán, ésas son mis órdenes. ¡Cúmplalas!

—A la orden.

Telly supo que cuando el comandante actuaba de este modo era que algo grave pesaba sobre ellos, y se dispuso a cumplir lo mandado.

Entretanto, Dick fue a entrevistarse con el padre de Tehila, a quien manifestó de buenas a primeras:

—Señor, abandonamos el lugar.

Al cabo de un momento, reaccionó de la sorpresa y decepción que le produjeron estas palabras, preguntando:

—¿Habéis desistido en ayudarnos? Me causas gran desencanto, comandante.

—Nada más lejos de nuestro pensamiento y más ahora, que tu hija forma parte activa en la empresa.

Se notó en él que le complacían las palabras de su interlocutor y el orgullo de padre se patentizó al decir:

—Mi hija es valiente y decidida. ¿Por qué os vais?

—Por razones de seguridad. Ha sucedido que...

Le relató lo sucedido últimamente, así como le expuso sus sospechas, y como final de todo ello, le advirtió:

—Te aconsejo que en esta ocasión hagas uso de las defensas, porque irán directamente al objetivo y tratarán de destruiros.

—Reuniré al Consejo urgentemente.

—Sería más prudente que no lo hicieras. Pudiera equivocarme en mis conclusiones.

—Sabias palabras las tuyas, comandante. Me abstendré de hacerlo y decidiré sobre la marcha. ¿No has tenido noticias de mi hija?

—Todavía no, y las espero con impaciencia.

—Puedes hacer uso de nuestras comunicaciones.

—Prefiero renunciar a ello. Podría dar lugar a una escucha y

agravar la situación más de lo que está.

—Como quieras, comandante. Suerte.

—Igualmente, señor.

* * *

Cuando el comandante estuvo de regreso, la astronave ya estaba a punto de partir.

El personal adicto al padre de Tehila ayudó en todo lo que pudo, pero sin enterarse de lo sucedido en la misma nave y creyendo que aquella salida era una simple prueba de vuelo para constatar su perfecto funcionamiento.

La gran compuerta se deslizó a un lado y la nave, majestuosamente, salió al exterior para, segundos después, rauda y veloz, elevarse hacia el firmamento de aquel planeta.

Por petición directa a Tehila, Dick tenía en su poder una cartografía del lugar, extensa y detallada.

Así pues, el comandante no se alejó mucho de allí, y una vez se hubo elevado, volvió a descender, ocupando una posición tras las montañas del valle, ocultando la nave en una especie de cueva natural.

El capitán Telly, cosa rara, no había hecho una sola pregunta, aunque presentía que se avecinaban acontecimientos.

El teniente Joseph Godley anunció:

—Comandante, reparación terminada en sistema comunicación exterior.

—Perfecto. Permanecer a la escucha y tener los ojos muy abiertos a las pantallas de rastreo.

—Está bien... ¡Atención, comandante! Tehila comunica. Conecto.

—Tehila a Dick, Tehila a Dick...

—Dime, Tehila. Te escucho.

—He llamado varias veces. Creí que ya no me oirías. Me han descubierto y en estos momentos me persiguen. He logrado dar con su base situada en sector beta, punto alfa-gama. Están enterados de vuestra presencia y nuestro refugio, ordenando ataque masivo. ¡Huir del refugio, Dick!

—Ya lo hemos hecho, Tehila. Regresa tras la montaña septentrional del valle. Estamos en la cueva doscientos diez.

—No sé si podré. Tratan de rodearme.

—¡No lo permitas! ¡Toma altura! ¡Voy en tu ayuda, Tehila!...

—Será inútil, Dick. Hay mucha distancia.

—Dame tu posición y déjate de tonterías. Haz lo que te digo.

Dick prefijó los datos que le dio la muchacha, diciendo a continuación:

—Hasta ahora, querida.

Y levantándose de su asiento, manifestó al capitán:

—Telly, te haces cargo del mando y espera mis órdenes. De fracasar en mi empeño, procedes como creas más conveniente, pero te aconsejo que procures permanecer oculto hasta que el momento sea propicio.

—Pero, Dick. Es una locura que vayas tú solo...

—¡Es una orden, capitán! Yo la he implicado en el asunto y sólo a mí me corresponde sacarla del trance por el que atraviesa.

Y sin esperar una palabra más, abandonó el puesto de mando, para descender al hangar de la astronave y ocupar el vehículo auxiliar.

Se lanzó al espacio y en unos segundos alcanzó tanta altura, que se perdió de vista.

Una contrariedad, que no había previsto, se le vino encima.

De un momento a otro sería noche cerrada en aquel planeta e interiormente maldijo la cortedad del día que allí imperaba.

Jamás había sometido a tan intenso trabajo al vehículo, pero aun así no podía hacer frente reteniendo el ciclo del día y la noche del planeta Thilion.

Su sistema de visibilidad nocturna era de limitado alcance en el pequeño aparato y el detector de rastreo no acusaba señal alguna en el espacio.

Por otra parte, intentó ponerse en comunicación con Tehila y el más absoluto silencio era la respuesta a su desesperada llamada.

Presagiaba lo peor, que hubiera sido derribada o apresada.

Sobrevoló en círculo la posición que le diera la muchacha, mas la pantalla de rastreo seguía invariable, sin delatarle la presencia de nave alguna.

Decidió dirigirse, aun a riesgo de ser descubierto, al sector beta, punto alfa-gama, que Tehila diera como centro de operaciones de los disidentes.

En las cercanías del sector descendió hasta lo inverosímil, y entonces sí que le fue de utilidad el sistema de visibilidad nocturna.

Coronó unos riscos y al fondo pudo distinguir unas tenues luces, asaltándole la sospecha de que había dado con el objetivo perseguido.

El confirmó su pensamiento al interceptar un mensaje en aquella lengua que no había diablo que entendiera.

Le dio un vuelco el corazón cuando pudo escuchar perfectamente el nombre de Tehila.

Momentos después era una voz femenina la que habló, y por sus cadencias reconoció que pertenecía a la muchacha, pero... hablaba en su idioma y no entendió palabra.

Sólo al final pudo saber, por expresarse con la lengua del comandante y de una forma rápida:

—Dick, no hagáis el menor caso. Atacadles, mi vida no importa...

El mensaje fue interrumpido bruscamente y de nuevo una voz masculina se oyó para terminar al poco rato.

Aun sin entender lo que habían hablado, Dick Hart dedujo de lo que se trataba. Conminaban al padre de Tehila y a su Consejo a que

desistieran de su empeño a cambio de la vida de la muchacha.

No cabía lugar a dudas: las palabras apresuradas de Tehila fueron más que elocuentes.

Por otra parte, dado lo que conocía de las fechorías de aquella camarilla de desalmados, no puso en duda que llevarían a cabo su amenaza.

Una gran repulsión le brotó hacia aquella gentuza y se dijo:

—Poco he de valer yo o no se saldrán con la suya.

Prosiguió su vuelo a ras de tierra, sorteando los obstáculos que le salían al paso.

De este modo llegó a un cercado de altísima valla elástica, y se hubiera enredado en ella a no ser por su sistema de visibilidad nocturna.

Desde esta posición observó con detenimiento lo que alcanzaba a ver. Por las características que presentaba, debía tratarse de un astródromo o algo por el estilo.

Decidió elevarse para sobrepasar la valla.

La poca iluminación del lugar y el vuelo silencioso de su aparato contribuyeron a que no fuera notada su presencia.

Un edificio se levantaba al lado de un descomunal hangar. La torreta del edificio estaba iluminada en su interior.

Se elevó un poco más y a una distancia prudencial observó su interior y... ¡Tehila estaba allí!...

No permanecía sola, había un individuo que al volverse reconoció en él al jefe que abandonó el refugio de la montaña y tras el cual fue la joven.

El jefe parecía hablar de forma acalorada. En cambio, Tehila se mantenía muy serena y con una mirada llena de desprecio hacia su interlocutor, quien la amenazaba con el dedo índice.

Al fin de la perorata, Tehila, muy digna, denegó con la cabeza y el jefe traidor, encogiéndose de hombros y haciendo un ademán con los brazos, como dando a entender que más de lo que había hecho no podía hacer, se fue hacia la puerta, que cerró tras haber salido.

Tehila se dejó caer pesadamente en una especie delitera y apoyó su linda cabecita en las palmas de susdelicadas manos.

Dick imaginó que trataba de persuadirla para salvar su vida, vida que ella estaba decidida a ofrecer en holocausto del bienestar de los suyos.

CAPITULO XIII

El comandante inspeccionó la parte superior de la torreta. Las dimensiones de la terraza eran más que suficientes para que se pudieran posar tres vehículos como el suyo.

Pero surgió un inconveniente. Dos centinelas montaban guardia y ambos cubrían el espacio de la misma en direcciones opuestas.

Conectó el estabilizador automático en su vehículo y preparó su arma de dardos paralizadores.

Estos tenían la particularidad de que la duración de sus efectos estaba ejercida por mediación de un control remoto a voluntad de quien los utilizaba, y cuando los individuos afectados volvían en sí, no se acordaban de lo que les había sucedido ni de lo que pudieron ver.

Aunque el estabilizador automático se aproximaba a la perfección, no dejaba de acusar ligeras oscilaciones en el aparato.

Para asegurar el éxito que se proponía, debía alcanzar a los dos centinelas precisamente cuando ambos se dieran la espalda.

Abrió una ventanilla de su carlinga y, a través de ella, asomó su fusil lanzadardos.

Apuntó con sumo cuidado, efectuando las correcciones oportunas, y disparó al centinela situado a su derecha y que estaba llegando al extremo de la terraza. Este quedó quieto donde estaba.

Acto seguido, apuntó al de la izquierda y una pequeña oscilación de su aparato le hizo errar la puntería.

Este centinela se volvió antes de llegar al final de su recorrido, seguramente alterado por el zumbido deldardo que pasó muy cerca de él perdiéndose en el vacío.

Dick, templando sus nervios, corrigió la puntería y oprimió el disparador, alcanzando su objetivo antes de que éste pudiera darse cuenta de la inmovilidad de su compañero.

Tras unos segundos, se posó con suavidad sobre la terraza y se apeó de su vehículo.

No se veía abertura alguna que hiciera suponer la existencia de unas escaleras por donde descender.

Se dijo que a la fuerza debía existir, en alguna parte, una plataforma que hiciera las funciones de ascensor.

Pero el localizarla le llevaría un tiempo precioso y necesitaba actuar con rapidez, ya que ignoraba los períodos de relevo de la guardia.

Fue a su aparato y extrajo un paquete. Lo fijó en la baranda de la terraza, presionó un dispositivo y del paquete comenzó a emerger una escala finísima, pero de gran resistencia.

Se colocó en uno de los peldaños y fue descendiendo hasta llegar a una parte lateral de la ventana del aposento que ocupaba Tehila.

Presionó un botón y quedó colgado a aquel nivel. Con precaución, asomó la cabeza, por si había alguien más adentro, y, por otra parte, no delatar su presencia a través de la luz que se filtraba de la estancia.

La muchacha seguía abatida con la cabeza apoyada en sus manos.

El comandante, al comprobar que estaba sola, dio unos golpecitos en la ventana.

La muchacha levantó la cabeza con viveza y a punto estuvo de exhalar un grito de alegría ante la sorpresa de ver el rostro del comandante en el exterior.

Reprimió sus impulsos y con naturalidad se fue hacia donde estaba Dick, como quien necesita dar unos pasos y desahogar la preocupación que le agobiaba.

Iba a abrir la ventana, pero Dick le dio a entender por señas que antes apagara la luz, que simulara acostarse.

Tehila comprendió al momento, y sin apresurarse,volvió adonde estaba momentos antes, al lecho, procediendo a desabrocharse la chaquetilla que llevaba, y antes de desprenderse de la prenda, pulsó el interruptor, quedando a oscuras la estancia.

Acto seguido, ya no tuvo por qué disimular, y casi corriendo, se fue a abrir la ventana.

De un ágil y silencioso salto, el comandante estuvo frente a ella, fusionándola en un emocionado y desesperado abrazo.

Quedamente, sin apenas levantar la voz, como un susurro, la joven exclamó:

—¡Oh, Dick!... Creí que ya no te vería más... He fracasado en la misión que me encomendaste y ahora he de pagar el error con la muerte, puesto que no estoy dispuesta a que nuestra causa...

El comandante selló su boca con un vehemente beso, para decirle a continuación:

—¿Quién habla de fracasos y de muerte, querida? Tu cooperación ha sido muy valiosa. Un pequeño contratiempo lo tiene cualquiera. No todo tiene que salir a medida de nuestros deseos.

—¿Llamas pequeño contratiempo el hallarse prisionera y condenada por esos esbirros?

—No seas chiquilla, Tehila... ¿Y para qué estoy aquí?

—¿Y por dónde vamos a escapar? En la azotea hay vigilancia; por abajo, igual; en la misma puerta y por todas partes...

—Tú, tranquila... Por el mismo camino que he llegado, nos iremos. Ahora lo que hay que hacer es camuflar el lecho como si

estuvieras descansando y con ello consigamos un margen de tiempo, en caso de que investiguen la estancia.

—Pero así, a oscuras...

—No te preocupes. Quédate aquí, que yo lo haré.

Se caló las gafas de visibilidad nocturna individual y en un momento preparó la litera como si, en efecto, estuviera ocupada por la joven.

Rápidamente, giró una inspeción por el lugar e interiormente se congratuló de las medidas adoptadas, puesto que pudo descubrir dos objetivos muy bien disimulados.

Luego cogió la escala automática y le dirigió las manos para que se asiera, y después, en un peldaño, colocó los pies de la muchacha, recomendándole:

—Cuando llegues arriba verás a dos centinelas. No temas, los tengo paralizados. Subes en seguida a mi vehículo.

Tehila, sin poder dar crédito a lo que oía, preguntó incrédula:

—¿Qué dices, Dick?

—No es momento de explicaciones. Haz lo que te he dicho. El tiempo puede resultarnos precioso.

La muchacha se calló y Dick accionó el control remoto. Al momento Tehila era izada a la azotea.

El comandante esperó la señal de que la escala estaba libre y accionó los mandos para su descenso y ocuparla a su vez.

Se encontraba con un pie en el peldaño de la escala y el otro todavía en el borde de la ventana, cuando de improviso la estancia se iluminó.

Casi perdió el equilibrio por la inesperada luz y, lo que fue peor, el control remoto se le resbaló de la mano en su precipitación por agarrarse y no caer al vacío.

Procedió a trepar a fuerza de sus músculos, y había un buen trecho que ascender.

Una estridente alarma se dejó oír, e inmediatamente el edificio se

iluminó.

El comandante se quedó quieto, pegado a la pared, para que su presencia pasara desapercibida.

Allí abajo, varios hombres armados corrían por doquier.

Mientras tanto, Tehila ya se hallaba en el vehículo del comandante y vio con terror que un círculo en la terraza se iluminaba y en una plataforma aparecieron dos hombres armados.

Tehila desconocía el manejo del aparato e ignoraba también si llevaba armamento.

¡Y Dick todavía no había aparecido!...

Por la posición que ocupaban los hombres recién llegados, quedó ante ellos el soporte de sujeción de la escala y sin vacilar se fueron hacia allí.

El vehículo estaba situado a sus espaldas, por lo que no pudieron reparar en su presencia.

Tehila estaba desesperada y veía que la libertad tenida al alcance de su mano, se iba al traste, y, lo que era más grave, que su comandante correría la misma suerte por ir a salvarla.

Su mente trabajó afanosamente y decidió jugarse el todo por el todo.

Sigilosa, descendió del vehículo y fue aproximándose a las espaldas de aquellos curiosos, y cuando iban a inclinarse al vacío, les gritó con voz enérgica y en su lengua:

—¡Eh, vosotros! ¡Quietos donde estáis! Tirad las armas y volveos.

La sorprendida pareja se quedó petrificada y, dóciles, obedecieron la indicación de la joven.

Su estupor aumentó al comprobar que, tras la muchacha, había un vehículo desconocido para ellos.

—Os están apuntando desde el aparato. Si queréis conservar vuestras desgraciadas vidas, obedeced.

Ambos se miraron y trataron de escrutar la cabina del aparato sin poder descubrir presencia humana.

Dick, al oír la voz de Tehila, aunque no entendió lo que decía, supuso que alguien había irrumpido en la azotea.

Siendo así, su situación era muy delicada, y aun a riesgo de ser descubierto, trepó con rapidez.

Un reflector le captó de lleno y numerosos proyectiles se estrellaron a su alrededor.

Sintió una punzada en el hombro, pero esto le sirvió para redoblar sus esfuerzos.

El fragor de los disparos enardecieron a los dos hombres que estaban frente a Tehila, y uno de ellos, con movimiento rápido, pretendió coger el arma que había tirado al suelo.

Pero en aquel momento el comandante emergía en la terraza y de un salto felino se lanzó contra él, impidiendo sus propósitos.

El otro huyó despavorido hacia la plataforma, vociferando sin cesar.

Tehila corrió hacia el comandante, al que ayudó alevantarse, luego de dejar sin sentido a su contrincante, diciéndole:

—¡Rápido, Dick! Está diciendo que aquí en la terraza hay un vehículo, que estamos nosotros...

El comandante ni se entretuvo en recoger la escala automática. Ayudó a subir a la muchacha y luego lo hizo él.

Al tomar los mandos del vehículo auxiliar, Tehila se dio cuenta de una mancha roja en el hombro de Dick y no pudo reprimir una exclamación:

—¡Oh, Dick! ¡Estás herido!...

—Carece de importancia. Lo esencial es salir de este infierno.

En efecto, podía calificarlo de tal puesto que numerosos reflectores incidían sobre la terraza e infinidad de explosiones antiaéreas formaban una cobertura sobre ellos.

Desde su posición, el comandante vio cómo las compuertas del gran hangar se abrían y una nave de características especiales asomaba más de la mitad.

La reconoció en seguida.

—¡Mira, Tehila!... ¡El casquete esférico, el causante de la destrucción de vuestros suministros y escoltas!

Ante la visión de aquella mole móvil, la joven sólo pudo exclamar, horrorizada:

—¡Oh...!

—He de impedir por todos los medios que levante el vuelo. En el espacio no hay quien le dé alcance.

Enfiló hacia el hangar a baja altura, evitando las explosiones que se producían a mayor altura, y apuntó sobre la cobertura del hangar su cañón emisor de rayos.

A la primera ráfaga, la techumbre se derrumbó, aprisionando a aquella mole que de momento quedó paralizada.

Volvió a mandar otra ráfaga sobre la mitad del casquete esférico que quedaba al descubierto, pero comprobó que la reducida potencia de su cañón emisor no hacía la menor mella en aquella superficie.

Entonces recordó que la parte más vulnerable delmismo era precisamente la base, y urdió un expuesto plan.

—Tehila, no sé cómo vamos a salir de ésta, pero ocasión como la actual no se nos presentará dos veces.

¿Sabes manejar un arma?

—Estoy ejercitada en ello.

—Hay que descender para atacarle por la base. En la torreta del vehículo hay un ametrallador. Dispara continuamente a tu alrededor en un giro de trescientos sesenta grados y yo me encargaré de lo demás. Si no te encuentras con ánimos, haré el trabajo solo.

—¡Adelante, Dick! Me ofendes con tus dudas.

Descendieron. Las defensas antiaéreas enmudecieron por temor de alcanzar al casquete esférico.

La base de la mole espacial quedaba del suelo a una altura considerable.

—¡Ahora! —le gritó el comandante a Tehila.

Esta hizo funcionar el ametrallador, impidiendo laproximidad de alguien que fuera en ayuda del atrapado casquete esférico que comenzaba a moverse.

De su base emergieron unas ramificaciones que pretendían adherirse al pequeño vehículo auxiliar.

Cuantas ramificaciones salían, eran destruidas por la certera puntería del comandante.

Unos vehículos blindados se aproximaban. Tenía que acabar cuanto antes o terminarían con ellos.

Tehila trataba de detenerlos, pero los alcanzados eran sustituidos por otros.

Ante la gravedad de la situación, el comandante Dick Hart decidió prescindir de la proximidad de una ramificación y apuntó su cañón emisor de rayos a un punto de la base del casquete esférico.

Disparó de una forma machacona.

La ramificación se había adherido al vehículo auxiliar y una atmósfera, verdosa comenzaba a invadirles.

Dick gritó:

—¡Tehila, colócate el casco espacial!

El hizo lo mismo, puesto que sabía las consecuencias de aquella letal atmósfera.

Su tesonería halló la recompensa. Una tremenda explosión se produjo y toda aquella mole en forma decasquete esférico quedó reducida, momentos después, a un montón informe de retorcidos hierros.

La onda expansiva les hizo rebotar, y gracias a la pericia del comandante, logró estabilizar el vehículo, evitando con ello que se estrellaran contra el suelo.

Antes de tomar altura, pudieron apreciar el desorden que imperaba en aquel lugar, así como a la explosión de la voladura del casquete esférico, se produjeron en pequeño intervalo otras tantas en cadena: depósitos de combustible, de municiones, se encargaron de

arrasar cuanto allí había.

Sólo entonces, cuando ya estaban a salvo, se dio cuenta el comandante del dolor tan agudo que sentía en el hombro, hasta el extremo de imposibilitarle pilotar el aparato.

Tehila se apercibió de que la mancha del hombro se extendía y la mueca de dolor en el rostro de Dick se hacía más expresiva, aunque éste pretendía disimular. Le dijo:

—Deja que pilote el vehículo, bajo tus instrucciones, naturalmente. Pero antes te veré el hombro.

Y tras estas palabras, besó los labios varoniles de manera especial, preguntando a continuación de una forma candorosa:

—Yo también he aprendido a dar amor, ¿verdad, Dick?

—¡Ya lo creo!... ¡Y de qué forma!...

Pretendió abrazarla en su entusiasmo, pero no llevó a efecto sus deseos puesto que un ¡ay! doloroso, sin poderlo evitar, se escapó de sus labios.

* * *

La banda de opresores que pretendió dominar al planeta Thilión por la sed fue desbaratada en su totalidad.

Tanto el comandante Dick Hart como su tripulación, en nombre de ellos y del suyo propio, rogó que silenciaran la parte activa que habían tomado en elloy que los honores recayeran exclusivamente en el padre de Tehila y sus leales consejeros.

El teniente Alexander Sim se restableció rápidamente, y ante el hecho de hallar en un lugar oculto de su alojamiento un mono y casquete negro, de momento no supo qué explicar.

A la pregunta del comandante referente a la ausencia de la reunión celebrada en el refugio secreto, contestó:

—Un impulso misterioso me indujo a ello. Y... Ahora recuerdo:

fue como si me hablaran en un lenguaje desconocido al que yo comprendía. Me hicieron preguntas sobre tus planes, ordenándome posteriormente la destrucción de las comunicaciones, de los cañones emisores...

El teniente Alex se calló horrorizado y el capitán médico explicó:

—Le tenían controlado telepáticamente y quizá coadyuvó a ello la atmósfera verdosa que le invadió. Esperamos que esto se haya terminado.

Dick exclamó:

—¡Hombre, haz el favor, otra vez que te ocurra esto, de no darle con tanta fuerza al «coco» de Joseph!... Todavía le dura el chichón, al pobrecito...

Estas palabras del comandante tuvieron la virtud de romper la tensión y todos prorrumpieron en risas y las bromas se sucedieron.

Estaban disfrutando de un merecido descanso acompañados de bellas muchachas, menos el capitán médico, que seguía dedicado a su descubrimiento con resultados positivos.

El comandante y Tehila vivían intensamente su amor y el padre de la joven accedió muy gustoso en dársela como esposa.

Una vez más, pudo anotar el comandante Dick Hart en su diario de vuelos la incorporación de un nuevo planeta a las relaciones intersiderales y la plena satisfacción del deber cumplido.

F I N